

Con La
Lengua
Afuera

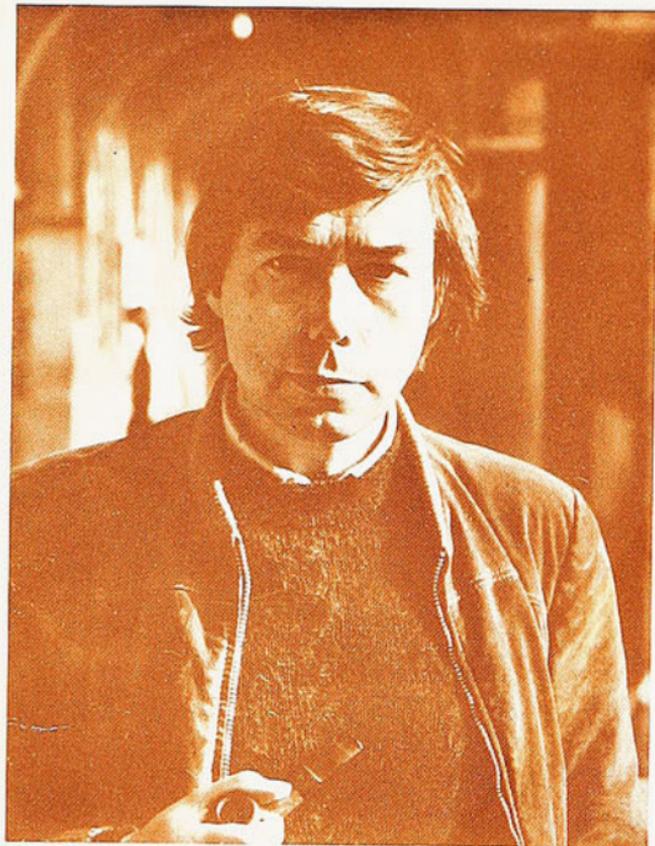
jaime hagel

BIBLIOTECA NACIONAL



0246609

POMAIRES



Jaime Hagel nació en Santiago en 1933. Sus estudios los realizó en colegios alemanes de La Serena, Villa Alemana y Viña del Mar. Los secundarios en el Liceo de Punta Arenas, en el Internado Barros Arana y los terminó en el Liceo San Agustín.

Se tituló de Profesor de Estado en la Universidad de Chile en 1966. Ha vivido en diferentes partes del mundo, ejerciendo los oficios más diversos para ganar su sustento. Magister en Letras, becado dos veces en Alemania por el Instituto Goethe, es actualmente profesor de literatura y subdirector del Instituto de Letras de la Universidad Católica, y director de la revista "Taller de Letras" de dicha Universidad.

Jaime Hagel ha publicado: "CUENTOS BARBAROS Y DELICADOS" (1959), "EN LOS MAS ESPESOS BOSQUES" (1980) y numerosos artículos. Ha sido traductor de obras del alemán.



NUEVA NARRATIVA

112-B

11/166A - 15 }
- 16 }



jaime bogel

CON LA LENGUA AFUERA

© Jaime Hagel, 1982
Inscripción N° 55.502
© Editorial Pomaire, 1982

Derechos reservados para todos los países
de lengua castellana.

Primera edición de 2.000 ejemplares,
septiembre de 1982

Fotografías y diseño de portada:
Sebastián Barros
Cristián Galaz

Alfabetá Impresores
Lira 140 -- Santiago
PRINTED IN CHILE
Editorial Pomaire
Manuel Montt 2534 - Santiago

jaíme hagel

Con La
Lengua
Afuera



EDITORIAL POMAIRE

34686



ABRAXAS

JUAN: Lo encontré en una especie de cueva. Una barba negra le cubría el rostro y el pelo le llegaba a los hombros. Me miró con ojos brillantes, entre divertido y amistoso, haciéndome gestos simpáticos con sus cejas. Una fogata ardía entre cuatro piedras, sobre las que reposaba un tarro negro de hollín donde hervía algo. En el suelo yacían unos sacos sucios. No me dijo una palabra, seguramente era mudo, y se expresaba con la mirada y movimientos de cejas, que las tenía muy movibles.

Comencé a ir todos los días al cerro. Mi mamá aún vivía y el estar vivo era una delicia. No le conté a nadie de mi encuentro. Le llevaba pequeños regalos, panes con mantequilla, pedazos de queque, revistas viejas y hasta un par de bototos que mi papá ya no usaba.

Cierto día en que mi papá conversaba con sus invitados sobre religión, habló de Abraxas, un dios de no sé qué, pero en ese mismo momento lo bauticé con ese nombre. Como mi mamá llevaba a veces velas para prender ante la imagen de la Virgen en la iglesia, yo hice lo mismo con Abraxas, que

me miraba con ojos de perro amigo a través de sus enormes cejas bailarinas.

Papá: Mi encuentro con Sibylle fue casual, en casa de un vecino muy sociable. No bien la miré para darle la mano ella se asustó. Mi mirada no era otra que esa impersonal con que se saluda a la persona que nos están presentando, pero sus facciones se alteraron, su expresión se transformó en la de un animal inerte y atemorizado. Luego nos distrajo la conversación general. El dueño de casa, gordo y exuberante, hablaba como enajenado de su set de juegos electrónicos para usar combinado con el televisor, batallas de tanques, aviones y barcos y tú vas manejando el tanque, apuntas y disparas y lo ves todo rojo... Haciéndome el distraído le echaba sus vistacitos. Me trató de sonreír. Como había varios ahí que nos veíamos por primera vez cada cual se las arregló para meter en el diálogo informes sobre sí mismo. Ella vivía sola en un departamento repleto de discos y cassettes con todo tipo de música. Era tecnóloga médica.

Juan: Le contaba de mis juguetes. De todo lo que sabía hacer con el mecano y mis dibujos encachados con aviones de carrera y, además, soy campeón en las bolitas; a mí las que más me gustan son las "agüitas", también tengo un trompo rojo.

El me miraba entusiasmado, invitándome con su mirada y movimientos de cejas a que continuara. Los cigarrillos que le llevaba los abría cortando el papel de punta a punta con una uña enorme y filuda como navaja; se echaba el tabaco a la boca y comenzaba a mascarlos, pero luego me volvía a

mirar para que le siguiera contando. Al rato, escupía una bola achocolatada que se estrellaba todas las veces en la misma piedra, acto que siempre me sorprendía en medio de mi soliloquio, produciéndome risa.

Papá: Fui a verla a las seis de la tarde. Por mi vecino sabía que a esa hora estaba en casa. No era uno de esos edificios elegantes, pero estaba bien. Toqué el timbre. Abrió la puerta, me reconoció y dio dos pasos hacia atrás, asustada. Cerré la puerta tras de mí; le dije suavemente “hola” y me acerqué como quien va a saludarla con el convencional beso en la mejilla, así lo hice, pero no separé mi boca de su mejilla . . .

Sibylle: . . . luego me sujetó, sin brusquedad, el rostro con una mano y buscó mi boca, me metió la lengua hasta que me enardecí y pegué mi cuerpo entero al de él, abriendo mi boca como en un bostezo.

Papá: Cuando separé mis labios, me miró con más deseo que miedo, la tomé por los hombros . . .

Sibylle: . . . y me atracó de cara a la puerta. Me abrazó por atrás pasándome los labios por el pelo. Con una mano me subió el cabello a la coronilla de la cabeza para poder frotar su boca por mi nuca mientras me apretaba con sus caderas contra la pared hasta que comencé a acezar y a retorcerme.

Juan: Mamá se enfermó. Cayó a la cama sin quejarse. Nunca se queja, pero está tan abatida y con tanta fiebre que no saco nada con entrar a su pieza. Le hice limonada; si tuviera limones te haría una, mi mamá las encuentra muy buenas y me

da un beso cuando se las llevo, pero no siempre puede tomarlas porque está muy enferma. Te traje más cigarrillos y una tajada de queque y un sweater rojo de mi papá.

Tomó el sweater y se lo amarró alrededor de su rodilla derecha y no se lo sacó más de allí. Cuando le decía algo parecido a una instrucción o consejo, se reía con los ojos. El lo sabía todo y entendía las cosas mejor que nosotros. Sin duda, él había inventado los cigarrillos y yo, el tonto, tratando de enseñarle.

Sibylle: El sabía que me gustaba que abusaran de mí y así lo hizo. Le insinuaba cosas con mi actitud y luego él hacía como que me obligaba a hacerlo. Después nos quedamos dormidos separados, ahítos, sobre la colcha roja.

Papá: Entonces supe que no me podría separar de ella y la llevé a vivir a la casa con el pretexto de que era una especie de enfermera y podría atender a mi esposa.

Sibylle: Era una mujer quieta y enferma. No quería sanar. Creo que deseaba morir. Cada cual sabe lo que hace. La casa era enorme, hasta sótano tenía, una pieza oscura y húmeda atiborrada de botellas, muebles desvencijados, juguetes viejos y herramientas mohosas. No me gustó nada. Del techo pendía una ampolleta roja. El niño se rió. Dijo que era su pieza favorita. Para mí, los mocosos de mierda simplemente no existen.

Juan: Ahora ella es la que manda en la casa. Se terminó la mermelada y no volvió a comprar. Trajo dulce de camote, que a mí me revienta. Tam-

poco me da el pan tostado, sino que frío en el desayuno y soy yo quien debe ponerle mantequilla. Pero por otro lado no me revisa las uñas.

Mamá: Dios mío, ¿qué va a ser de mi niño?

Juan: Cuando cayó la primera lluvia de mayo, tuve el primer altercado. Hacía frío. Le pregunté que dónde estaban mis guantes y mi bufanda roja. Se quedó unos segundos estática y luego se transformó en la mujer eléctrica, gritaba, pataleaba tratando, entremedio, de hablar sin conseguirlo.

Salí al cerro sin guantes. Encontré a Abraxas sorbiendo delicadamente de su tarro con los ojos fijos en la sopa. Entonces se me ocurrió llevarlo a mi casa, al sótano. Ahí no se mojaría y yo lo tendría más a mano para contarle mis asuntos. A las siete de la tarde en casa estaba sólo mi mamá, que casi no hablaba ya; llegamos con nuestro cargamento de sacos, dos ollas, tarros, revistas viejas y algunas piedras. Ni siquiera miró el cuarto. Con un gruñido ininterpretable extendió los sacos en un rincón y se sentó. Le pedí que no hiciera fuego, que yo le traería de comer. Enchufé una vieja estufa eléctrica, cuyos chorizos, después de algunos chisporroteos, comenzaron lentamente a teñirse de rojo.

Papá: Me llenaba la mente y las glándulas. Durante el trabajo pensaba anhelante en la noche, imaginándomela semidesnuda con su rostro culpable traicionado por la voluptuosidad.

Vecina: ¿Te has fijado en el muchachito del lado? Parece un pelusa, un lustrabotas. Mírale ese pelo.

Sibylle: Lo esperé vestida con una blusa y abajo nada, salvo un cinturón de cuero amarrado a la cintura, cuyos extremos colgaban sobre mi vientre cubriendo parcialmente el sexo. Lo derroté inmediatamente. Entró a la pieza, se sacó torpemente la chaqueta y se arrodilló; cayó de rodillas ante mí y comenzó a besar el cinturón mientras yo me reía y suspiraba, luego siguió besando. Separé bien mis piernas y me puse las manos en las caderas como una diosa, hasta que caí derrotada pidiendo y rogando.

Juan: Abraxas, mi viejo, ella no cocina como mamá, pero comida es comida. Esto se llama arvejado de cordero. Ayer no me tomé el desayuno. Mi papá me preguntó que por qué. Yo le dije que estaba malo, que la leche estaba aguada y sin azúcar, además estaba fría. Entonces Sibylle lanzó un graznido, se levantó dando vueltas su taza y comenzó a gritar como ese alemán de la guerra, tiritando y moviendo los brazos. Mi papá se asustó y se fue sin abrigo al trabajo. Y como yo la miraba, ella seguía tratando de articular alguna palabra en forma clara entre sus "caaro eerda jo e uta e oi a se". Ahí me fui aflojando hasta que me dio risa. Me reí como cuando vi al gordo y al flaco haciendo sus torpezas. Gritó con los ojos que se le salían, como los chanchos cuando los están matando, tomó la cafetera, la levantó chorreándose con el café, y me la tiró o me la quiso tirar porque falló por tres metros. Mientras que yo, agachado, emprendía la retirada, me bombardeó con todo lo que había en la mesa: cucharas, paté, mantequilla, platos, errándo-

me por millas y dejando la quebrazón. Salí al patio y ella continuaba en el comedor gritando y arrojando cosas contra la pared, la puerta, el techo, nada más que para ver cómo explotaban.

Papá: El trabajo lo realizaba mejor que nunca. Mis compañeros de oficina respondían a mis muestras de entusiasta amistad convidándome a jugar al dominó en un tugurio cercano. Eran unos dominóes bien regados con vino tinto, acompañado de sandwiches rebosantes de ají y mostaza, animados con una conversación de hombres.

Mamá: No sé qué pasa. Sibylle es tan olvidadiza. No me trajo el jarro con agua. Tengo tanta sed. Le pedí al niño algo de beber.

Juan: Comencé a hacer la mejor de las limonadas para mamá. Ya había cortado cuatro limones cuando entró Sibylle. “¿Qué estás haciendo?”, ladró. Y yo le dije: “observa y aprenderás”. De un solo manotazo botó los limones al suelo, y con la otra mano me pegó un puñete en el ojo que me hizo ver estrellas. Mientras yo me tapaba el ojo con las manos, cogió la escoba y comenzó a darme de palos en la cabeza hasta que caí semiaturdido, y allí en el suelo me pateó, resollando, hasta que casi pierde el equilibrio.

Quedé tirado inmóvil en un rincón de la cocina. La cabeza me dolía por todos lados. Ella barrió el suelo raspándome con la escoba. Puso la radio a todo volumen y comenzó a preparar el almuerzo. Las puertas de la estantería las cerraba a patadas. Cosa que se le caía, recibía un puntapié. Cuando pude levantarme, vomité. Rugiendo como

el monstruo del pantano me empujó hasta el patio, donde me dio un coscacho sobre las hinchazones de mi cabeza con tal fuerza que me hizo caer. Cerró de un portazo dejándome solo en el suelo. El pasto del patio estaba blanco de escarcha. Me incorporé sobándome la cabeza. Bajé al sótano. A Abraxas se le encendieron los ojos al verme; si hubiese tenido cola, la habría movido. Esta vez no le sonreí. A la estufa se le había quemado un chorizo, pero el otro estaba rojo. Yacía entre sus sacos y revistas mascando tabaco. Un alto de pan duro a su lado.

—Abraxas —le dije lentamente—, quiero que hagas algo por mí.

Sus cejas se detuvieron. Me estaba escuchando.

SEÑORITA LAURA

ERA EL MENOR del internado y el más bonito. Lo que era una ventaja. Y el crapulita le sacaba partido.

Le decíamos “muñeco” porque era dije. Todos lo queríamos. Era un niño de seis años, manso y risueño.

Pero el viernes se servía pescado a la hora de almuerzo. Y al muñequito no le gustaba. En verdad, no me había gustado jamás. En mi casa lo sabían y sencillamente me hacían un bife. El internado tenía otras reglas. Me dejaron sentado frente al plato con olor a aceite de bacalao hasta las tres de la tarde mientras todos jugaban. Luego a clases. A la hora de once, bueno, ahí estaba el pescado. Y yo que estaba cagado de hambre no podía comerlo del asco que me daba. Traté de alojarlo en la cavidad bucal sin tragarlo. Comencé lentamente por el último molar izquierdo, sobre él deposité un trocito de pescado. Seguí con el penúltimo y así, sucesivamente, hasta que mi cara se hinchó como un globo. Y entonces, cuando tenía la boca llena de pared a pared, taconeada de pescado, me sobrevino la arcada que tuvo el efecto de

un cañonazo disparado a los indios atacando el fuerte. No se escapó ni uno solo de la rociada, y se produjo una estampida rumbo al baño. Hasta la Frau Inés corría tapándose un ojo con la mano. Me quedé solo sentado frente a mi plato mientras la empleada me decía "m'hijito" en tono compasivo, y la cocinera se cagaba de la risa en el pasillo.

El sábado ya estaba todo olvidado.

Es que era muy bonito.

Y tenía una manera de mirar franca, de buen amigo.

M'hijito.

Y tonto no era. Flojo tampoco. Además era un niño más bien tranquilo.

En la conferencia de profesores, que era una conferencia de Frau Inés, quedó en claro que lo que debía castigarse despiadadamente, como perro rabioso, era el engaño, la mentira. No quiso agregar "el robo", pues eso no existía en una Deutsche Schule.

Los días pasaban y se acercaba el próximo viernes-pescado. El crapulita ya no era rey sino niños. No peleaba, jugaba con todos, hacía sus tareas, reía, quería y era querido. Pero el viernes en la mañana lo noté menos alegre. Se sentó en un rincón, bajo el chirimoyo, y no jugó en el recreo largo. Me acerqué haciéndome la distraída, y le pregunté si sabía que día era hoy. Me miró con una semisonrisa triste y me dijo que viernes, señorita Laura. Entonces yo le pregunté si sabía lo que tocaba hoy a la hora de almuerzo. Me dijo que pescado, señorita Laura. Entonces yo me acer-

qué más y le dije, bien despacito, a lo amiga:

—Sabes. Yo sé lo que puedes hacer con el pescado.

Me miró con sus ojos inteligentes de adulto.

—Sabes —le dije—, toma en forma distraída uno de esos tarros vacíos, esos de atún que trajeron los de cuarta para hacer ceniceros. Ocúltalo bajo tu chaqueta. En el comedor te las arreglas para echar ahí el pecado. Elije un tarro con tapa. Después lo tiras a la basura.

—Sí, señorita Laura.

Nuestras sonrisas se confundieron.

Mientras los pacos y los ladrones corrían muertos de la risa, tomándose de mi brazo para girar más cerrado, yo avanzaba repartiendo sonrisas al banco donde brillaban los tarros de conserva recién lavados. Elegí uno que aún conservaba la tapa unida al tarro por una muesca de lata que el abridor había respetado. Me lo metí en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—¿Tienes teta? —me preguntó Sergio.

Para que el asunto no se transformara en tema de chacota, le conté que iba a meter el pescado ahí. Que por favor no siguiera la tanda de la teta.

—Churra. ¿Te robaste un tarro?

—¿Qué es un tarro viejo? Los botan a la basura.

—Si los de cuarta te pillan, te sacan la cresta.

—No, si tú te quedas callado.

—Yo no voy a decir nada. Pero trata de andar agachado, porque se te ve como una teta.

A los alumnos no les estaba permitido hablar durante las comidas. Yo comía tranquila mirando

de reojo al crapulita que bien arrimadito a la mesa, justo cuando la Frau Inés estornudó, dejó caer su presa de humeante pescado sobre sus piernas donde había extendido la servilleta. Luego, tal como se les había enseñado, se agachó escondiendo la cabeza bajo el nivel de la mesa para sonarse aparatosamente las narices. Se demoró en limpiárselas, y yo sabía por qué. Luego reapareció su carita aliviada y angelical. Aquí no ha pasado nada. Sergio, sentado a su lado, trataba de contener la risa.

Apareció la empleada con el carrito para recoger platos. Frau Inés dijo: "a ver". Salvo uno que otro grano de arroz y las espinas, nada quedaba en los platos. Frau Inés sonrió a todos en general y a mí en especial al ver mi plato sin resto alguno, ni las espinas había dejado. Le sonreí a mi vez con cariño, mientras Sergio me daba un codazo. Entonces la señorita Laura también sonrió y dijo:

—Yo creo que el muñeco no se comió el pescado.

La palabra pescado la cantó prolongando la segunda sílaba.

—¿Cómo? —preguntó la Frau Inés frunciendo el ceño.

—Yo creo —siguió entre hablando y cantando la señorita Laura— que se lo metió al bolsiillo. Ven acá. Acércate para que la misma Frau Inés te reviiisee.

MONICA: VIDA MIA

JUAN: Debo de haber tenido unos seis o siete años cuando un día mientras holgazaneaba en el umbral del comedor mi abuelo me dijo que iba a bajar a la cava. Quiero que tú me mires desde arriba. Descenderé con una vela prendida. Tú, observa la llama; si se apaga, es señal de que debo subir inmediatamente. La voy a dejar en el último escalón.

Me senté en el primer peldaño mientras el abuelo se hundía por el oscuro hueco. Colocó la vela sobre el piso y me miró llevándose un dedo al ojo. Le sonreí. El viejo desapareció de mi vista entre los dos estantes con botellas y barrilitos de roble. La llama de la vela comenzó a achicarse hasta su extinción total. Y ahora qué. El abuelo seguía trajinando entre sus vinos. Apareció con una botella en cada mano. Su sonrisa se metamorfoseó en un gesto de pavor al ver la vela apagada, dejó caer las valiosas botellas y subió los escalones de cemento casi antes de que terminaran de reventarse las botellas en el suelo de la cava. Permaneció un rato resoplando mientras se apoyaba con una mano a la pared. Poco a poco fue volviendo su cabeza hacia mí, que le sonreía entretenido por el espectáculo.

—Mocoso, hijo de puta —masculló.

Esa tarde apareció el abuelo con dos pescadores. Sacaron todas las botellas y las trasladaron a la cochera. La cava no se volvió a abrir más. Un par de años después murió el abuelo.

Todos los veranos volvíamos a esa casa a pasar dos meses inolvidables de primos, tíos y playa. Y un día, habían pasado varios años, ya éramos adolescentes, nos anunciaron la visita de Mónica, hija de un primo de tía Alejandrina que había muerto alcoholizado. Su madre también había desaparecido. Recordaba vagamente que uno o dos veranos de mi infancia los había pasado con nosotros. Una carita sonriente que jugaba a las muñecas mientras nosotros pateábamos desordenadamente una pelota hecha con calcetines viejos.

Roberto: Los muchachos, Juan, Jaimito y yo, estábamos excitados ante la próxima llegada de una prima de nuestra edad.

—Dicen que es una rajada. La echaron de las monjas.

—Dicen que cuando la madre superiora la llamó se levantó las faldas y le mostró el potó.

—La excomulgaron, supongo.

—No, hombre, la expulsaron.

Isabel: Mañana llegará. Dios mío, líbranos del mal, líbranos del malo. Haz que no venga. No queremos ver al demonio, no lo merezco, no lo merecemos, somos gente ordenada y tranquila.

Tía Alejandrina: Isabel, la empleada, ha rezado en voz alta todo el santo día. Me pone nerviosa. Mañana va a llegar Mónica. Le preparé un cuarto

entre mis hermanos, lejos de los jóvenes. Espero que esta niña se haya tranquilizado.

Isabel: Esa noche, por primera vez en la historia del pueblo, hubo una tempestad de rayos y truenos. Al amanecer, el mar se volvió loco, se levantaron olas que parecían cerros.

Tío Ernesto: Yo la fui a buscar al internado. Las monjas me hicieron pasar a una salita agradablemente fresca.

Mónica: La antesala de la muerte. Ahí teníamos que esperar cuando la madre superiora nos hacía llamar para castigarnos.

Tío Ernesto: Escoltada por dos monjas gordas que se reían solas . . .

Mónica: Acababan de almorzar.

Tío Ernesto: . . . mi sobrina, seria, el pelo estiradísimo hacia atrás, desgarrada y oliendo a incienso. Coloqué sus maletas en el auto y partimos inmediatamente rumbo a la costa. Al salir de la ciudad comenzó a soltarse los pinches. Se deshizo el peinado y sacudió su cabeza dejando aparecer su espesa mata de cabello rubio.

Mónica: No aguantaba más ese peinado de coipo saliendo del agua. Y ese tío que manejaba tan serio me daba risa. Me saqué los zapatos, y doblé mi pierna derecha hasta colocar el pie debajo de mi muslo izquierdo. ¡Al fin de vacaciones después de ocho meses de encierro!

Tío Ernesto: Reclinó la cabeza hacia atrás y comenzó a tararear. Me preguntó si el auto tenía radio. Por toda respuesta la encendí. Esto le pareció tan divertido que se rió en mi cara.

Mónica: Parecía mudo. Manejaba como si fuésemos al cementerio.

Tío Ernesto: Al ritmo de moda que tocaba la radio comenzó a mover la cabeza, los brazos y hasta las caderas. Me miraba cantando y se sonreía.

A unos cien metros, un auto salió sorpresivamente de un camino lateral, frené un poco, por precaución. Ella exhaló un gritito fingiendo susto, movió los brazos como sin control, de modo que su mano izquierda aterrizó sobre mi sexo y me lo apretó, afectando no darse cuenta y mirando el auto causante de su falso susto, que, ya sobre la autopista, aceleraba distanciándose.

Mónica: Reaccionó inmediatamente. Sentí aquello crecer y ponerse duro bajo mi mano, entre mis dedos que lo sostenían, que lo apretaban sin aflojar.

Tío Ernesto: Doblé a la derecha en el primer camino lateral que encontré. Lo hice bruscamente, sin disminuir la velocidad antes de la maniobra. Era un camino de tierra, sin huellas de haber sido transitado recientemente por otro vehículo. Detuve el auto en un lugar donde los arbustos garantizaban privacidad. La miré, no ya de reojo, sino como un hombre seguro de sí mismo y de su éxito.

Mónica: Me pareció que a quien habían tenido internado durante un año no había sido a mí, sino a tío Ernesto.

Tía Alejandrina: Era una noche de luna. Estábamos todos en la terraza. El silencio era matizado por el rumor del mar y el lamento lejano de una boya. Disfrutábamos de la quietud con respeto, ha-

blando en voz baja. Ernesto fumaba con la mirada perdida en el mar. Robertito y sus primos se susurraban al oído mirando disimuladamente las piernas de Mónica, que estaba echada hacia atrás en una silla de lona hablando con Teresa. Entró la cocinera, la Isabel, portando una taza de café para Carlos. En eso, me llamaron la atención unas sombras que se movían con extraña rapidez.

Isabel: Y llegaron los murciélagos. Cientos. Daban vueltas planeando como aviones, pasando por debajo de nuestras narices, echándonos vientecito con sus alas pestilentes. Quedamos todos boquiabiertos. La señora Noemí se puso de pie tapándose la boca con la mano. La señorita Alejandrina parecía una estatua. Los niños también se incorporaron. Y de pronto, Mónica se puso a reír y dijo alegremente: “qué les parece mi sombrero nuevo”. La miramos espantados. Tres murciélagos negros se habían posado sobre su cabeza y aleteaban enredados en su pelo rubio. Sonreía coqueta y ponía caritas moviendo graciosamente la cabeza como niña que se mira al espejo con un maquillaje nuevo.

Juan: Los niños corrían, los adultos, afectando pasear, se acercaban disimuladamente al lugar de la playa donde se amontonaban todos. A mí, más me atraían los botes y la máscara para bucear de Robertito que la gente. De todos modos me aproximé al grupo que, seguramente, contemplaba un pescado muerto o una medusa gigante. Me abrí paso entre los curiosos y contemplé el imán que los atraía. Casi me fui de espaldas. Tendida sobre la

arena, dejando que el agua mojara con el expirar de cada ola sus torneados muslos, yacía Mónica, mi prima, que vestía, o mejor dicho no vestía prácticamente nada, salvo un trapito negro abajo y otro trapito negro arriba, en circunstancias que las demás mujeres llevaban trajes de baño casi hasta las rodillas. El flujo y reflujo del agua iba y venía justo hasta el trapito negro de abajo, humedeciéndolo, lamiéndolo, marcándolo más. Mi prima tenía los ojos cerrados, un brazo bajo la nuca y el otro sobre su vientre brillante de crema. Ignorante del silente alboroto a su alrededor.

Tía Alejandrina: Lo siento por mis padres ya difuntos y por todos nosotros. Hasta hoy habíamos sido una familia tranquila y ordenada.

Juan: Esa noche comían todos calladitos. Tía Alejandrina servía los platos como un sargento. Yo no quería mirar a Jaime y a Roberto porque estaba seguro de que no aguantaríamos la risa.

Robertito: ¡Cómo recuerdo esa noche! A Mónica la mandaron a acostarse. Cenaría en cama.

Tía Alejandrina: ¡Y mañana tener que salir a la calle!

Tía Noemí: Esa noche tomé gotas para dormir.

Juan: Hasta entonces me habían excitado sexualmente sólo las ilustraciones con mujeres semidesnudas de los réclames de fajas, ropa interior o trajes de baño de mujeres, pero nunca una mujer de carne y hueso. Jaimito decía que las piernas de Mónica tenían personalidad.

Robertito: ¿Y qué me dices de esas caderas?



Jaimito: Tiene pechos como pomelos.

Juan: Lo que más me turbaba es que ella se daba cuenta. Me sonreía y cerraba un ojo como a un cabro chico cuando sorprendía mis miradas. En la terraza notó que la mirábamos y se cruzó de piernas de modo que su vestido reveló buena parte de sus muslos.

Robertito: Nos dejó callados al tiro.

Juan: Nos acostábamos siempre a las once, pues a medianoche cortaban el suministro de energía eléctrica en el pueblo. Fui el último en ir al baño a cepillarme los dientes. La lámpara del pasillo irradiaba una luz amarilla cada vez más débil. La puerta de Mónica estaba entreabierta. Me estaba esperando. Salió impidiéndome el paso. Vestía una camisa de noche blanca que le llegaba un poco más arriba de las rodillas. Algo me obstaculizó la garganta. Mi estómago se apretó. Me sonreía con ojos brillantes.

—¿Quieres? —me preguntó.

Yo no estaba en condiciones de pronunciar una sola palabra. Su mirada bajó por mi cuerpo, inclinó la cabeza hasta tocar mi boca con su frente dura y tibia.

—Ven. Yo te enseñaré —murmuró cogiéndome de la mano.

Me llevó a su pieza. Vi angelitos y escuché violines al sentir sus manos que se multiplicaban aflojando mi pijama. Su boca estaba húmeda, su piel, suave como ala de mariposa.

Volví a mi pieza chocando con mesas y paredes.

La oscuridad era completa. Al entrar vi dos puntos rojos. Eran Jaime y Roberto que me esperaban fumando.

—¿Dónde estabas, maricón?

—En el baño, estoy estético. Pásenme un pucho.

—¿Y ese olor?

—¿Qué olor? Pásenme los fósforos.

Isabel: Sin duda soñé lo que vi hoy en la tarde. La señorita Teresa estaba buscando un libro para leer en el estante de la antesala y se le acercó Mónica. Las vi cuando salí a recibir el pan. Al volver, miré otra vez. La niña Mónica había puesto una mano sobre el seno izquierdo de la señorita Teresa, que la miraba embelesada, con labios temblorosos. Entonces la señorita Teresa me vió y se dejó caer mareada en un sillón. Mónica se puso a reír y se fue tras de mí preguntándome sobre la comida de esa noche. Dios me perdone, pero prefiero pensar que lo soñé.

Mónica: Vistiendo mi camisa de dormir de hilo, una especie de camiseta tosca y algo deshilachada que me llegaba a medio muslo, esperé frente al baño grande hasta que Tío Carlos salió en bata. No me moví.

—Me pica aquí —le dije intrigada y levanté un poco la camisa. Es que realmente sentía un pequeño escozor.

Tía Alejandrina: Le pedí a Ernesto que se la llevara de vuelta a Santiago, pero se negó, gesticulando como un energúmeno.

Tía Noemí: Carlos, que alegaba impotencia, pasó la mitad de la noche con ella y hoy se levantó al alba a hacer gimnasia.

Tío Carlos: Pobre Noemí . . . Mónica es la fuerza, la dicha . . .

Tía María: Ernesto vive su vida y yo la mía desde hace tiempo. Pero bajo un mismo techo, no. Ni menos con una rapaza, sobrina mía por añadidura.

Tía Teresa: Eran cerca de las doce de la noche y no podía dormir. Tenía cuarenta y tres años, soltera, solterona para siempre como Alejandrina. Aún sentía la presión turbadora de su mano en mi seno que casi me había hecho perder el conocimiento. No pude más y salté decidida de la cama. Abandoné mi pieza y me dirigí a la suya en puntas de pie, respirando con agitación. La puerta de Alejandrina se abrió bruscamente.

—¿A quién buscas? —me espetó con labios apretados.

Tía Alejandrina: Nos reunimos las cuatro mujeres con el cura, que nos recibió apurado, sin ganas, tenía otros problemas, pobladores, gente pobre, cesantes, niños vagos, y poco tiempo para nosotras que definitivamente lo manteníamos. La casa se la había construido mi padre. La iglesia se la había restaurado mi abuelo en los tiempos en que el cura comía en nuestra mesa y no en el hogar de huachos.

—Ustedes dirán.

No le gustábamos. Se sobaba las manos. Miraba el reloj. No nos sonreía.

—Díselo tú, María.

—Padre —dijo María vacilante—, si gusta se lo digo yo, pero con todas sus letras.

El cura miraba fastidiado por la ventana de la sacristía. Noemí nos hizo un gesto recomandando paciencia. Nos quedamos calladas un buen rato, dos minutos, tres minutos y reaccionó. Un destello de curiosidad divertida chisporroteó en sus ojos. Nos contempló a punto de sonreír.

—Hay cosas, problemas, asuntos —comenzó María con un ritmo yámbico— que competen al intendente, otras al alcalde, otras al médico, otras al boticario, otras a los bomberos —los ojos del cura se fueron rodeando de arruguitas—, otras a los carpinteros. . .

Le dí un codazo para que fuera al grano, pero María me miró indignada y dejó de hablar. Entonces intervino Noemí:

—Lo que mi hermana quiere decir es que pastelero a tus pasteles.

—Eso es —terció Teresa—, pastelero a tus pasteles.

Y nuevamente nos quedamos calladas. Las patas de gallo del cura se acentuaron.

—Si tuviéramos un defecto en el techo —explicó Teresa—, acudiríamos a un tejero. Si un asunto legal, a un abogado.

—Y si queremos ver una película, vamos al cine. —recalcó Noemí.

—Padre —me inmiscuí yo—, necesitamos su ayuda.

—Bueno, dígame de una vez por todas qué es lo que les pasa.

Con voz algo distorsionada, se lo dije:

—Tenemos al Demonio en casa.

—Es un modo de decir —dijo el cura relajándose.

—Esta vez no. Tenemos a una . . . ramera en casa.

El padre se puso de pie y se apoyó sobre la mesa con ambas manos.

—Señoras, una ramera no es un demonio. Y “ramera” es también un modo de decir.

—Pero cuando la ramera se acuesta con todos los varones de la casa y luego quiere hacerlo con nosotras, ya no es un modo de decir.

—¿La empleada? —quiso saber el cura.

—No.

—¿Alguien de la familia?

—Sí.

—¿Qué quieren exactamente que haga?

—Ese es su problema. Se imagina a un médico ante un enfermo que se retuerce de apendicitis preguntando “¿Qué quieren que haga?” Queremos, señor cura, queremos que usted haga lo que debe hacerse en estos casos.

El cura abrió los brazos como si fuese a volar, y los volvió a bajar suspirando.

—¿Es —preguntó— una menor de edad?

—Sí.

—Ah, entonces —dijo el cura— eso le compete a la familia.

—¿Y si fuera mayor de edad? —pregunté yo.

—Entonces tampoco me atañe a mí.

Al escuchar esto, Noemí salió de su mutismo, se levantó, dio un puñetazo sobre la mesa y reventó:

—¿Usted es un cura o un infeliz?

—Salgan de aquí —gritó a su vez el cura—, viejas de mierda, ociosas. ¿Creen que soy cabrón que me quieren traer a las putas de la familia? Fuera. Acuéstense con sus maridos como Dios manda y no tendrán problemas.

—Ah, sí. ¿Y cómo manda Dios? —quiso saber Noemí.

—Pregúntenle a la chiquilla esa, pregúntele —vociferó—. Tienen mucho que aprender de ella.

No salimos sino que arrancamos. Sin cambiar palabras, tranqueando rápido, con las bocas fruncidas, volvimos a casa donde, como era de esperar, no encontramos a nadie. Eran las seis de la tarde.

—Voy a preparar té.

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Isabel no estaba, era su día de salida. Mermeladas de fram-buesa, de mosqueta y de mora. Galletas bañadas en chocolate, lenguas de gato, crema y bollos.

—Y si le escribiéramos al obispo.

—Ese es otro comunista.

Había que tomar una decisión. Y la tomamos.

María: Bebí tres tazas de té y comí una infinidad de galletitas y bollos con mermelada y crema mientras hablábamos.

Juan: No la vimos en la playa. Había salido con tío Carlos en la lancha. Llegaron casi de noche, ella muy contenta y el tío cansado y ojoso.

Jaime: Esperaba el acostumbrado toque de histeria, pero fue todo lo contrario. Las tías estaban como seda. Después de comer sandwiches calientes de queso, nos fuimos todos a la cama. Estábamos cansadísimos de tanto nadar. Esa noche dormí con un calcetín puesto.

Tío Ernesto: Me sentí atontado después de la comida. Llegué a tropezones a la cama.

Tío Carlos: Parece que estaba más fatigado de lo que creía. No bien puse la cabeza sobre la almohada sentí una explosión dentro de mi cabeza y no supe más de mi alma hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

Juan: Me senté en la terraza a fumar mi pipa de antes de dormir. Estaba ufano conmigo mismo. El recuerdo de mis abrazos con Mónica. La simpática envidia de mis primos. El sol. El zambullirse en las olas. La seguiría viendo en Santiago. Iríamos a esquiar juntos. Con ella completaba mi vida, ya había hecho de todo, me faltaba tan sólo volar en avión. Comenzó a darme sueño. En eso escuché el piano. Tía Alejandrina. Una música insinuante al comienzo que de pronto explotó en forma febril, transformándose en acordes y escalas de una intensidad enervante. Años más tarde supe que era el primer movimiento de la Apasionata. Una música llena de presagios, aterrorizantes a ratos y que me sobrecogió a tal punto que dejé de saborear las horas y los días pasados y sentí frío. La pipa se me escurrió de entre las manos. Me estaba durmiendo a pesar de la intranquilidad. Entré. El piano se escuchó más fuerte en el oscuro pasillo. Ya todos

estaban en cama menos yo y tía Alejandrina, que volvía a repetir el primer movimiento de la sonata. Mis primos dormían. Me acosté sin cepillarme los dientes y caí en un sueño lleno de pesadillas, en que se mezclaban gritos horripilantes con risas histéricas y dientes de calavera.

Robertito: A la mañana siguiente despertamos todos muy tarde. Me sentía mal. Creo que fue el primer dolor de cabeza de mi vida.

—Me siento como después de una tranca —dijo Jaime.

—Vamos a zambullirnos. Una bañada rápida en el agua helada nos hará bien —propuso Juan.

Antes de tomar desayuno partimos a la playa. Al volver, eran cerca de las once de la mañana, nos encontramos con todo el mundo desayunando e intercambiando aspirinas y analgésicos. Sorpresa, tía Noemí había hecho bollos, un cerro de bollos humeaba al lado de la cafetera.

Jaimito: Mónica no estaba allí desayunando con los demás. Ni estuvo a la hora de almuerzo, ni en la playa, ni en la comida, ni al día siguiente, ni nunca más.

Tío Carlos: Cuando uno cree ya todo muerto, surge de repente la vida palpitante. Entonces una neurótica te dice: “La echamos por escandalosa”. Y no queda otra que emborracharse veinte, treinta días seguidos o toda la vida.

Isabel: Fue como si volviésemos a ver el camino después de atravesar de noche un temporal de lluvia.

Tía María: El orden volvió.

Tío Ernesto: Ese mismo día partí a Santiago a buscarla. Tuve un accidente en el camino. Dos meses después, recuperado, la busqué sin encontrarla. No volvió donde las monjas, no volvió a ninguna parte.

Tía Teresa: Confieso que aquella mano presionando suavemente mis senos me produjo una verdadera embriaguez, pero afortunadamente . . . , ¿afortunadamente? ¿No habré perdido algo que jamás . . . ? ¿Tendré otra oportunidad? ¿En qué peligro estuve? Ahí está Juanito sentado sobre las rocas, solo, inmóvil, fumando una pipa tras otra y pensando en matarse. Carlos, borracho; Ernesto, en el hospital, después de manejar como un demente . . .

Tía Alejandrina: Para el almuerzo preparamos corvina meunière.

Jaimito: Al año siguiente fue solamente Roberto a la casa de la playa. Yo partí de viaje con mi curso.

Juan: Pasó el tiempo. Los años. La casa se fue quedando sola con los tíos. Los primos y yo seguimos nuestros caminos. Aparecieron enamoradas, hubo viajes, estudios, el matrimonio, la vida adulta, el trabajo. Ya no regresamos a la casa familiar. Aunque siempre que nos volvíamos a encontrar ya sea en fiestas, librerías o seminarios, no podíamos evitar hablar del bote, de las rocas, de aquellos veraneos de la infancia y la pubertad. Encendían cigarrillos y yo mi pipa. ¿Te acuerdas? El piano de tía Alejandrina. Los nocturnos de Chopin. Los bollos de tía Noemí. Las conversaciones en el dormitorio después de apagar la luz. Pero cuando

los tópicos se iban agotando y corríamos peligro de nombrar a Mónica, terminábamos con bueno, mi viejo, ya va siendo hora. Ya tengo que irme. Me están esperando. Chao, Raulito; chao, Jaimito. Mis viejos primos seguían sus respectivos caminos y mis viejos tíos se fueron muriendo uno tras otro. Tía Alejandrina, senil, quedó vagando sola por esa casa, llamándonos a comer a gritos, golpeando las puertas para despertarnos, hasta que Roberto vino a mi casa y conversamos largamente. Había que recluirla.

Roberto: La ambulancia y el auto de Juan ya habían llegado. Detuve mi cacharro frente al hueco donde había estado la puerta de rejas y por donde se veía el pedregal y la basura que reemplazaban al cuidado jardín. El tiempo y el aire marino habían hecho lo suyo en la fachada, y los niños del pueblo, en los vidrios de las ventanas. Al abrir la puerta, un fuerte olor a meado hizo vacilar mis pasos. Jirones roídos e incoloros era lo que restaba de la gran alfombra persa de la sala, sólo quedaba allí el sofá, sin sus patas delanteras, exhibiendo unos increíbles resortes mohosos.

Juan: Fue triste volver a entrar a esa casa que casi no coincidía con la que evocábamos. Roberto miraba todo con los ojos llenos de lágrimas. No se atrevía a entrar a nuestro dormitorio ni al comedor.

Roberto: Los enfermeros tomaron por los brazos, parodiando galantería, a una vieja flaca y balbuceante que nada tenía que ver con tía Alejandrina y se la llevaron. Pasaron ante nosotros mien-

tras ella, con la mirada extraviada, emitía sonidos guturales. Juan dio media vuelta y miró el papel desprendido del muro.

—¿La van a acompañar? —preguntó uno de los loqueros.

Ni Juan ni yo respondimos. Ellos continuaron su marcha. Salieron de la casa y subieron a la ambulancia. Y así desapareció mi última tía.

—¿Vas a llorar? —me preguntó quedamente Juan.

—¿Y qué mierda quieres que haga, Juanito, hombre de Dios?

Juan extrajo su tabaquera.

Juan: Aquello había olido a jazmines, a pan fresco y café. Entre esas paredes habían resonado nuestros gritos y risas de niño. Jaimito narrando excitado su primer viaje en bote; Isabel vistiéndome en esa pieza a la que no queríamos entrar.

—Vámonos —musitó Roberto.

Habíamos venido cada cual en su auto. No, no quería irme todavía. Roberto se fue casi huyendo. Escuché como su auto partía. Nunca más volvería a hablar con él sobre la casa. Me quedé solo allí. Pronto caería la noche. Caminé por el pasillo hasta el patio y me detuve frente al comedor. Envuelto por el humo de mi pipa abrí lentamente la puerta. La alfombra, gris de tierra. La gran mesa. Nada más. Ni una silla, ni el reloj, ni el platero. Prendí la luz. Una ampolleta reemplazaba la noble araña. La mesa pesaba, la corrí hasta la pared. Levanté la alfombra que dejó caer una lluvia de polvo. La doblé. La entrada a la cava quedó a la vista. Metí

la mano en el sacado y levanté la tapa, caminé hasta voltearla por completo. No fue necesario bajar. Sobre los escalones de cemento estaban los huesos de Mónica aún con restos de vestido, su reloj y una de sus sandalias romanas.

A DEGÜELLO

ELIZABETH: Algo maligno flotaba en el aire. Lo sentía, lo respiraba.

Brian: A las seis de la mañana fuimos despertados por la campana. Estaba oscuro. Juan prendió la luz y volvió a zambullirse entre las sábanas para disfrutar del triste placer de dos minutitos más en la cama caliente, y soñar en voz alta con el lecho de casa del cual se levantaría a medio día. Félix fue el primero en incorporarse, pues su calzado embarrado no pasaría la inspección. Se colocó de un solo envión, tal como se había desvestido, camiseta, camisa y sweater, sin separar las prendas, tal como con calzoncillos y pantalón. Cogió su cepillo y comenzó, a lo que es escupo, a limpiar sus bototos. Era el día en que nos tomaríamos el internado.

Juan: Una tarde en que me había escondido a fumar en el bosque del internado, vi pasar a Ada acompañada de Hans y Klaus Lehmann, que buscaban un lugar, y al parecer les pareció apropiado instalarse justo a veinte metros de donde estaba yo tras el tronco de un pino. Ada se tendió en el pasto, se subió el vestido hasta el cuello y exhibió

así su trasero enfundado en calzones de lana tejida a palillos ante los ojos de los hermanos Lehmann que se echaron a su lado.

Carrión: En el dormitorio de Herr Murer encontramos una pistola en la gaveta del velador y una escopeta de caza en el ropero. La partida, señores, estaba ganada. El internado era nuestro. El pueblo más cercano estaba a treinta kilómetros. Los profesores dormían en el colegio. Nadie notaría nada en el exterior.

Juan: Al día siguiente, en el descanso largo de después de almuerzo, Ada, haciéndose la tonta, se fue al bosque. A los pocos minutos la siguieron los Lehmann, Carrión, Hurtado y Pérez. Le propuse a Brian seguirlos, pero me dijo que tenía que escribirles a sus padres, creo que más bien no se atrevió. Agazapado me introduje entre los árboles. Los encontré en el mismo lugar del día anterior. Echados sobre el suelo, los muchachos formaban un círculo alrededor de Ada, que bailaba en el medio como en las películas para mayores. Cada cierto tiempo se subía el vestido, no llevaba calzones. Hurtado comenzó a frotarse el marrueco. Pérez se desabrochó el pantalón y lució su miembro.

—Tócame —pidió.

—Sí —dijo entusiasmado Pérez—, tócanos a todos.

—A todos —recalcó Carrión, desabrochándose.

—Acérquense —exigió la bailarina.

Se pusieron de pie y se le aproximaron con las piernas separadas, echados hacia atrás, excitados.

Se le acercaron tanto que no pude ver cómo los tocaba.

—Sácate la falda que te la vamos a mojar.

La falda voló sobre las cabezas. Luego un silencio tenso matizado de suspiros, suaves quejidos y las risitas de Ada al sentirse chorreada de esperma caliente por todos lados.

Brian: La primera noche en ese internado me presentaron a mis compañeros de dormitorio. Dos salvajes insociables que no se atrevían a mirarme. Inmediatamente supe que seríamos grandes amigos. Sobre todo con Juan.

Juan: La conocí en el verano, dos días antes de que me internaran ahí. Me encontraba de rodillas en la arena húmeda inmediata al lugar donde llegaba y se retiraba el agua, dejando una espuma tenue. Era la mejor arena para construir castillos. Ella simplemente apareció encucillada a mi lado. Cuando el agua se acercaba a langüetear nuestros muros almenados, nos dábamos órdenes mientras actuábamos con prisa, reforzando la construcción.

En la tarde me acerqué al barquillero que colocó el barril de lata que llevaba terciado en la espalda sobre la arena, donde quedó algo inclinado como la torre de Pisa. El viejo recibió los cincuenta centavos y yo tuve el derecho de hacer girar la flecha de la tapa, que dio vueltas y se detuvo en un número, que indicaba la cantidad de barquillos a que me hacía acreedor. No podía evitar un sentimiento de lástima por el hombre cuando la flecha marcaba más de cinco, pues suponía que cada barquillo costaba diez centavos. No la había visto,

pero estaba ahí, mirando divertida el juego que sostenía con aquel viejo cansado.

—¿Cómo lo haces?

Le sonreí y le pasé al viejo otros cincuenta centavos.

—Hazla girar —le ordené.

Me miró extasiada.

—Dale —insistí.

Riendo, le dio impulso a la flecha y se quedó en punta de pie mirando la ruleta. Cuando perdió velocidad colocó una mano en mi brazo. Saltó al detenerse la aguja en el ocho. Estaba radiante.

—¿Y ahora?

El viejo desprendió la tapa-ruleta y le pasó un paquete con ocho barquillos.

—¿Cuántos te dieron a ti?

—Cinco —le dije.

—¿O sea que te gané?

Le sonreí mientras se moría de la risa. Caminamos por un camino amarillo, bordeado por una gruesa cadena de barco, hasta llegar a la estación donde partía el trencito, “tren mignon”, para el cual mi tío me había regalado una tarjeta. Niños y algunos adultos se sentaban apresurados en los pequeños carritos descubiertos.

—Sube.

—¡Qué!

La tomé de la mano y la arrastré al tren donde nos sentamos en el último asiento del último carro. Ella, entre divertida y asustada, miraba para todos los lados como esperando el escándalo.

—¿Cómo te llamas?

—Milagros.

—¿Milagros?

—Sus boletos —nos interrumpió el inspector. Le alcancé la tarjeta.

—Ahí dice que es para dos —le expliqué.

El tipo me la devolvió con una reverencia y se fue.

—Yo me llamo Juan.

Había admiración en sus ojos. Sin dejar de mirarnos comenzamos a engullir los barquillos, que se quebraban en nuestros dientes regando nuestras ropas con trozos de todos los tamaños, que dejábamos allí para que el viento se los llevara. El tren partió con gran griterío de sus pasajeros. Pasamos peligrosamente por la orilla del mar. Ella se sujetó de mi brazo.

—Mira —le dije, indicándole la negra boca del túnel que nos esperaba treinta metros más adelante.

Me miró aflojando su mano de mi brazo. La miré a los ojos. Pasado mañana me internaban por todo un año. Lo más seguro era que jamás volveríamos a vernos. Faltaban diez metros para entrar al túnel, y ella aproximó su cara y me besó en la mejilla muy cerca de la boca, dejando allí sus labios. Con la mano le corrí la cara de modo que pudimos besarnos en la boca, donde perduraba el sabor a barquillos.

Al día siguiente nos volvimos a encontrar en la playa. Nos bañamos arriesgándonos más de lo acostumbrado, asustándonos ante cada ola grande, que salvábamos tirándonos de piquero bajo ella (manobra que, por lo menos yo, realizaba por primera vez

en mi vida); emergíamos buscando nuestros ojos felices de haber salido vivos y sanos de la maniobra. Nos cogíamos de la mano y esperábamos el próximo tumbo. Volvimos tiritando de frío a la arena seca donde nos dejamos caer de espalda, flectando un brazo para proteger los ojos del sol.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Diez. ¿Y tú?

—Trece.

Brian: A los hermanos Lehmann les teníamos miedo porque eran abrutados y jamás conversaban con nosotros. Pero Carrión entraba a veces a chacotear con Félix y Juan. Una vez nos dijo:

—Un día de estos vamos a prenderle fuego a esta cuestión —mientras miraba las paredes y el techo imaginándolos arder.

Creo que estaba loco, pero nos caía bien. Cuando le llegó una encomienda le regaló un tarro de manjar a Juan sin motivo alguno, tarro que devoramos en la noche, acurrucados bajo uno de los catres, en absoluto silencio.

Elizabeth: Había algo en el aire que no me gustaba nada. Algo iba a pasar.

Juan: El primer día de internado nos habían agrupado a todos al pie del corredor de la casa principal. Desde ahí nos peroró Herr Murer sobre disciplina y trabajo mientras nosotros nos mirábamos estudiando las caras. Los antiguos se hacían gestos. Los nuevos, con ojos desolados, buscábamos al futuro amigo, al más aplicado, al enemigo malvado, al fuerte, al flojo, al tonto. Y en eso vi a Milagros entre las niñas. Casi me fui de espaldas. Ter-

minado el discurso del director nos pasaron lista. Grande fue mi sorpresa cuando Milagros respondió "presente" al nombre de Luisa. Nos dieron veinte minutos para acomodar la ropa de las maletas en los estantes. Corrí hacia Milagros y me planté frente a ella.

—Hola.

—Hola.

—Milagros —le dije.

—¿Qué?

—Tú eres Milagros.

Se rió sorprendida. Mientras corría a su pieza me gritó:

—Soy Luisa. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Juan —alcancé a responder.

Herr Murer me hizo un gesto. A su lado estaban otros dos nuevos de grandes ojos tristes. Eran Brian y Félix. El Herr nos llevó al dormitorio. Al pie de cada cama, nuestras respectivas maletas.

—Ordenen la ropa en esos estantes, después salgan al patio hasta que toquen para comer.

Y nos dejó solos. Allí nos quedamos los tres, en silencio, ubicando nuestras poleras y calzoncillos en los casilleros, soñando conversaciones, camaraderías, bromas, amistad. ¿Cómo sería ese pelirrojo que olía a limón? ¿Y ese moreno con cara de indio? Nos mirábamos de reojo. Estaríamos un año íntimamente ligados en aquel dormitorio.

El colorín se me aproximó, mientras yo hacía que no me daba cuenta, y puso bajo mis narices una caja abierta de almendras bañadas en chocolate. Le sonreí y extraje tres. Félix quiso sacar

también tres y se le cayó una, pero mientras se metía las dos en la boca, Brian le sostuvo la caja para que volviera a sacar una tercera. Los tres nos sentamos en mi cama a masticar las almendras. (Toda mi vida asociaría las almendras con chocolate y el olor a cera de los pisos con el internado). Seguramente estaban deliciosas, pero la sensación de desamparo podía más.

—¿Cómo te llamai?

—Juan.

—Yo, Brian. ¿Y vos?

—Félix. Y ese viejo de mierda no me gusta nada.

—Lo que es a mí, tampoco.

—Ojalá que no nos toque de profe. ¿En qué curso?

Los tres éramos compañeros de cuarta preparatoria.

Brian: Físicamente el colegio era enorme. Cuatro casas, un galpón-comedor, bosque, piscina, canchas, pero en esos momentos, seguramente debido a la propaganda antinazi de la guerra, tenía relativamente pocos alumnos.

Juan: Esa primera noche, después de que nos apagaron la luz, yacíamos en silencio, sin dormir, pensando en los hogares. Yo no podía apartar la imagen de Luisa que, si definitivamente no era Milagros, era su continuación, que me despertaba la misma ternura.

Un estrépito en la ventana que se abrió súbitamente nos sacó de nuestro soñar despiertos. En menos de tres segundos se metieron a la pieza más de cinco figuras en pijamas provistas de almohadas,

con las que comenzaron a azotar nuestras cabezas. Nos levantamos como pudimos y comenzó una violenta gresca a almohadonazos. Nadie hablaba. Se escuchaba sólo el jadeo, los golpes y pequeños quejidos. Los almohadonazos no por ser tales dejaban de doler y aturdir. Dos las emprendieron contra mí. Al parecer no se podían emplear los puños. Mientras nos batíamos a la defensiva en notable inferioridad numérica, uno de ellos nos sustraía las tristes golosinas que nos habían dejado nuestros padres.

Brian: Eran tan fuertes las emociones de ese primer día, que los chocolatinos y pastillas ya no tenían mayor significado para nosotros.

Juan: De pronto, un rayo de luz entró por debajo de la puerta. Alguien caminaba por el pasillo. Los asaltantes huyeron pasando por la cama de Brian para alcanzar la ventana. Brian alcanzó a sujetar al último de un tobillo justo cuando saltaba. Ahí se quedó, aleteando con medio cuerpo afuera y el otro medio adentro. Los pasos del pasillo se detuvieron como vacilando. Salté a la cama de Brian y cogí, no sin dificultad, el otro tobillo del invasor. Entre los dos lo tiramos al interior de la pieza. Cerramos la ventana con el consiguiente ruido, que hizo que los pasos se dirigieran decididamente a nuestra pieza. Pequeño pánico. De un brinco volví a mi cama. El prisionero se lanzó bajo la cama de Brian justo cuando se abría la puerta y se encendía la luz. Herr Murer en el umbral. Silencio. Todos inmóviles en las camas, fingiendo dormir con los ojos apretados. En medio del dormitorio, como un cadáver, mi almohada.

—Mañana, antes del desayuno, los tres en mi oficina.

La luz se apaga. Los pasos se alejan por el pasillo.

El primero en hablar es Félix:

—Nos cagaron.

—¿Qué vamos a hacer con este huevón? —preguntó Brian, mientras el intruso, iluminado por la luz lunar que entraba por la ventana, salía de debajo de su cama (después supimos su nombre, Carlos Rodríguez). Labios delgados, mejillas hundidas, pelo a la prusiana, callado y maligno, no participó de nuestras risas. Brian le abrió la ventana. “Adelante, señor”, le dijo.

—Y te regalo las pastillas que me robaste —le espetó Félix a modo de despedida.

Brian: Dos meses más tarde expulsarían a Carlos Rodríguez por apuñalar a un profesor durante el día “D”.

Juan: Milagros. Nos besamos la boca, la nariz, los ojos, las mejillas. Era un túnel de utilería cuya repentina oscuridad apenas percibí. Nuestros besos tenían más significado y emoción que labios y saliva. Olía a hojas quemadas, y sabía a barquillo.

Félix: Entonces tocaron de una manera des acostumbrada. Eran golpes más fuertes, más entusiastas, otro ritmo. Dejé de lustrarme los bototos. Brian y Juan saltaron de la cama y comenzaron a vestirse rápidamente. El día “D” comenzaba.

Frau Wilma: Las otras jóvenes de mi generación pesaban todas, sin excepción, por lo menos veinte kilos más que yo. Insistían en usar trajes fol-

klóricos y bailar danzas campesinas los fines de semana después de ir a misa. Un conjunto de salchichas gordas vestidas de multicolor, que hacían, pensaban y sentían todo aquello que decía la radio y el periódico, y que se orinaban cuando hablaba el Führer.

Fräulein Lotte: Faltaban minutos para las ocho. Me paseaba con Murer, esperando que tocaran para el desayuno y vigilar la formación. Al principio creí que se trataba de una broma cuando uno de los muchachos se puso tras de Murer. Otro le preguntó algo. El que estaba detrás se agachó lentamente hasta quedar a la altura de las corvas del hombre. El que estaba hablando con él pudo empujarlo, y mi señor Director cayó de trasero al suelo emitiendo un "Ach". Ocho a diez niños salieron como avispas, sin que me diera cuenta de dónde, y se abalanzaron sobre el postrado Murer que manoteaba tratando de tomar aliento para decir algo que la emoción le impedía. Le bajaron los pantalones hasta los tobillos y le amarraron las piernas con ellos. Todo esto a una velocidad asombrosa. No pude contener la risa. Aparecieron más alumnos alzados. Demudado, Murer me clavó los ojos. Se lo llevaron como hormigas a una polilla agónica al sótano de la casa grande. Yo parecía no existir para ellos. La sensación de desconcierto dejó lugar a la de alegría. Algo pasaba. Con el Dire en semejantes condiciones no tendríamos clases.

Carrión: La táctica la aprendí en una película de guerra norteamericana. La tarea era tomarse una serie de islas ocupadas por los japoneses. Jun-

taron todos sus barcos, aviones y tropas y atacaron solamente a una. La arrasaron. Luego hicieron lo mismo con las otras. Una por una, con todo lo disponible.

Juan: Era la primera vez que se reunía una pandilla tan grande. Más de veinte. Las mujeres y los chicocos de primera a tercera preparatoria quedaron excluidos. Nos reunimos tras los cañaverales de la piscina. Carrión, los Lehmann y Pérez daban las órdenes sin sacarse las pipas de caña de la boca. Estábamos sentados en el suelo en disciplinado silencio.

—Caballeros, mañana será el día “D” —comenzó a hablar Carrión con voz de oficial, causando la admiración de todos por su tono serio y militar—. Comenzaremos atacando a “as de espadas” (el director). Se encargarán de él, de acuerdo al plan que les dibujaré, los comandos Felipe, Luis, Juan . . .

Continuó dando instrucciones, donde nosotros, los de cuarta, teníamos roles secundarios, pero muy exactos.

—A ver. Repitamos, caballeros. Juan, ¿qué va a pasar un cuarto para las ocho?

—Celada a “as de espadas” por los Lehmann, seguida de ataque piraña para terminar de coparlo. Los pirañas serán comandados por Hurtadito.

—A ver, Felipe, ¿qué viene después?

—Una vez reducido “as de espadas”, Hurtado y sus “pirañas” coparán a “as de copas” (el señor Hernández).

Hurtado: El ataque a “as de copas” fue el más difícil, porque creíamos que era el más fácil y no

lo planeamos tan en detalle como el de “as de espadas”.

El señor Hernández dormía en la segunda casa con los chicos de primera y segunda, que nada sabían del día “D”. Salió, como siempre, faltando un minuto para las ocho. Pérez lo enfrentó y le dijo:

—Señor Hernández, le ruego que se entregue al comando sin presentar defensa.

El profesor se rió y le respondió:

—Anda a formarte, hombre, ya va a ser hora.

Y continuó caminando ante los ojos muy abiertos de los diez que lo rodeábamos.

—A él —rugió Pérez, que siempre era tan pacífico y diplomático. Y dando el ejemplo le saltó como un gato encima.

Mientras Hernández lo rechazaba, salté yo con tres más. Hernández daba manotazos tratando heroicamente de mantener la sonrisa. Saltaba, pateaba como chacoteando, se reía, se defendía bien, se desprendía de las agarradas hasta que Carlos Rodríguez extrajo su cortaplumas, y en una de las arremetidas le alcanzó a tajar el brazo. Hernández pegó un alarido y se cubrió la herida con la diestra.

—Se han vuelto locos, carajos —Sin rastros de sonrisa ya.

—¿Se entrega? —preguntó Pérez con la cara enterrada.

—¿Qué juego es éste? Carajos de mierda —demandó Hernández con la cara congestionada.

En eso apareció Carrión, de la casa grande. Sweater de esquiador. Los ojos iluminados por el entusiasmo, nos gritó cortante:

—Al sótano con él. Andando, señor Hernández. Así cayó “as de copas”. Un hueso duro de roer.

Frau Wilma: Robert era el nuevo médico del pueblo. Las salchichas gordas se lo comían con los ojos, y él me comía con los ojos a mí. Cuando salimos por primera vez a caminar por los cerros, me previno: era judío. Pues no me importó. Pronto se supo que no iba a misa. Tampoco se había inscrito en la SA, ni mucho menos en el partido, que se interesaba en tener al nuevo Doktor en sus filas. Las salchichas gordas pasaron del despecho al sarcasmo.

Juan: La ecónoma, una alemanota pelirroja dueña de una bicicleta con canasto en el manubrio, se estremeció de la risa cuando Brian, cumpliendo una misión de comandancia, le dijo que preparara asado con ensalada de tomates, y helados con mermelada. Yo me contagié con la risa de la gorda, que entre carcajadas preguntaba:

—Was noch? Aperitiv? Zigarren? Cognac? —Y terminó el asunto haciendo un ademán despectivo.

—Esta vieja no me va a hacer caso —me comunicó preocupado Brian.

—Bueno —lo tranquilicé—, ya cumpliste la orden.

—Sí, huevón. Pero a la hora de almuerzo nos va a servir guatitas con cebolla y va a quedar la cagada.

Entramos al bosque a pedir consejo. En una de las salas al aire libre estaban sentados los chicos

de primera a tercera preparatoria, unos dieciocho, mientras Hurtado los adoctrinaba en técnicas del “combate piraña”. Había dibujado en la pizarra una Fortaleza Volante atacada por un enjambre de Messerschmidts.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó Hurtado.

—Dificultades con la ecónoma, señor —informé respetuoso.

—Perfecto —sonrió Hurtado—. Pondremos en práctica lo que les he enseñado. Tú serás el piraña mayor —le dijo a un rucio pecoso con cara de despierto que se puso inmediatamente de pie—. Van a ir y me van a traer a la gorda acá.

—¿Solos? —se asombró el rucio pecoso.

—Irán solos. Nosotros los esperaremos aquí.

El rucio enfrentó a sus compañeros y les ladró:

—Cuatro a una pierna, cuatro a la otra, cuatro a un brazo, y cuatro al otro. Vamos.

Y partieron ahítos de entusiasmo bélico. Hurtado, Brian y yo nos miramos en silencio, imaginándonos a la horda de pequeños bandidos lanzándose al ataque contra esa verdadera fortaleza de grasa y músculos que era la ecónoma.

Hurtado: En esos momentos comprendí lo que sienten los generales cuando mandan a sus tropas al matadero.

Frau Wilma: Vestidos de uniforme de pantalón corto, unos ocho SA comenzaron a tocar el tambor bajo mi ventana. Mi madre se tapó la boca con el dorso de la mano. Con ojos y voz deformados por el miedo me rogó que bajara, que bajara a la calle.

No bien salí, cerró precipitadamente la puerta con cerrojo.

Juan: —¿Con quién te tocó en el dormitorio? —me preguntó Luisa al segundo día de nuestra llegada al internado.

—Ven —le dije—. Vamos al bosque. Quiero hablarte.

En silencio nos internamos por uno de los caminitos entre los pinos gigantes. Traté de tomarle la mano. Se dejó, incluso presionó la mía, pero al corto rato la retiró.

—¡Conque Milagros! ¿Ah?

—Eso fue en las vacaciones.

—¿Y ahora quieres conmigo?

—Sí. ¿Quieres? ¿Quieres pololear conmigo?

Se detuvo y se me aproximó como para besarme. Olía como Milagros, a hojas quemadas.

—Voy a pensarlo —dijo lentamente, cogiendo un botón de mi chaleco.

—Volvamos.

—¡Qué!

—Si gustas te quedas acá.

Di media vuelta y a grandes trancadas emprendí el regreso con el corazón latiéndome de rabia y amor.

Decidí no insistir, aunque así me muriera. Dos días después se me acercó y me metió un papelito en la mano. Lo dejé caer inmediatamente. No le quedó otra alternativa que agacharse y levantarlo mientras yo seguía mi camino. Otra vez me abordó a la salida del desayuno.

—¿Sabes? —me dijo—. Lo pensé.

—Pues, síguelo pensando —respondí y apuré el paso.

Después se las arregló, no sé cómo, para ponerme una carta en el cuaderno de alemán. La abrí. Dos palabras, el monosílabo “SÍ” y más abajo “LUIZA”.

Una noche, poco antes de quedarnos dormidos, Brian me dijo que Luisa le había dicho que quería hablar conmigo.

—Dile, dile que no sé cómo pude ser tan idiota y confundirla con Milagros.

—No entiendo —dijo Brian.

—A vos te falla —se metió Félix.

—Ella entenderá.

Por un lado gozaba al imaginarme la cara que pondría ella al escuchar mi mensaje y, por otro, me dolía enormemente, pues sabía que Luisa podría dejar de interesarse en mí.

—Lo mejor es no meterse con mujeres —observó Félix.

—Lo que pasa —dijo Brian—, es que son diferentes.

—Son como de otro planeta —comentó Félix.

Yo no podía separar ni diferenciar entre Milagros y Luisa. No me metía en la conversación, pues estaba a punto de llorar.

—Mi papá dice que son de otro sexo —agregó Félix.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Bueno, que son raras.

Frau Wilma: Los nazis me colgaron un letrero de un metro de largo al cuello que decía: SOY LA

MAYOR PUERCA DE ESTE LUGAR. ME ACUESTO SOLAMENTE CON JUDÍOS. Y me pasearon así por todas las calles mientras tocaban los tambores para que todos salieran a verme. Fue toda una fiesta.

Félix: El sótano estaba al rojo. Carrión se había pertrechado de una pistola que había sustraído del dormitorio de Murer con cartuchera y todo. Hans Lehmann había cogido la escopeta de caza y un cinturón con tiros que se había terciado delante del pecho. Pérez se había metido el cuchillo del pan en el cinturón. Hurtado, el machete de la carne. Los otros andaban con la honda como collar, con el palo bamboleándose sobre el pecho.

Mi puesto era custodiar el teléfono premunido de una piedra, un cortapapeles y un frasco de ácido muriático. El teléfono sonó. Una voz de hombre preguntaba por la Fräulein Lotte. Bajé al sótano a pedir instrucciones y allí los vi. Busqué a Carrión con los ojos, ocultándome tras los grandes para que no me vieran los profesores.

—Y vos. ¿A qué estai bailando? —me espetó Hans Lehmann al notar mis movimientos torpes para sustraerme de la vista de Herr Murer.

—El teléfono está sonando —informé.

—Pues que suene hasta que le dé hipo.

—Preguntan por Fräulein Lotte.

—Diles —me gritó Carrión— que está culiando con Murer.

Hurtado: Mi papá tiene toda la razón. Si a los alemanes se les quita el rayado de la pista suenan como tapas. Murer yacía sentado en el suelo con la

espalda contra la pared. Programado, como todo alemán, repetía cada cinco minutos: “Esto les va a costar la expulsión. No podrán seguir en ningún colegio de Chile”. La Peralta ponía cara larga, sumida en un mutismo de solterona que no sabe para qué lado estirar la boca. La Frau Wilma estaba impávida, la experiencia en los campos de concentración estaba dando sus frutos, parecía un muñeco de peluche; donde la ponían se quedaba con sus enormes ojos azules, inexpresivos como bolitas de cristal. La Fräulein Lotte se las arreglaba para mostrarnos sus muslos con tal éxito que todos pusimos caras largas cuando llegó Raúl con el candado. Los dejamos bajo llave. Carrión les gritó:

—A las doce les traeremos el porridge.

En verdad, no tenían enfermos con la sopa de avena y las guatitas con cebolla.

—Nos hace falta una corneta —dijo el Lehmann chico.

—Raúl —gritó Carrión.

—¿Señor? —se cuadró Raúl.

—¡A rebato!

—¿Qué es eso?

—Que toqué la campana, huevón.

La tal campana era un fierro que colgaba de un cordel, al que había que darle con otro más delgado.

Todo el mundo se formó, menos Carrión, los Lehmann, Pérez y yo. Tampoco las mujeres, que continuaban encerradas en el dormitorio grande. Félix se metió la humeante pipa al bolsillo.

—Pueden seguir fumando, caballeros —dijo Carrión—, esto no es una dictadura nazi.

Juan: Nos quedamos esperando el resultado del ataque de los pirañas chicos a la ecónoma. Hurtado nos mostró una caja de puros gigantes.

—Los vamos a moler y mezclar con café. Habrá tabaco para todos.

Las pipas las hacíamos con cañas. La boquilla era una cañita delgada. Las cargábamos con el tabaco de cuanta colilla encontrábamos, y para que cundiera le echábamos café molido que extraíamos de la basura.

—Fumaremos y comeremos como príncipes. En la noche habrá película. Y después... baile oriental.

Brian me miró. Hurtado, los Lehmann y sus compinches eran los que se masturbaban y todo eso con Ada. ¿Qué estaría haciendo Luisa?

Corriendo, con los ojos casi saliéndosele, llegó el rucio pecoso que estaba a cargo del asalto a la germana de la cocina. Tenía la nariz hinchada. Nos pusimos de pie de un salto.

—Señor —dijo el chico, esperó un rato para recuperar el resuello y continuó—, el ataque resultó, pero a medias no más.

—¿Cómo que a medias? —preguntó Brian.

Hurtado fulminó a Brian de una mirada y le dijo.

—Yo hago las preguntas.

—¡Entendido, señor! —gritó Brian.

—¿Cómo que a medias? —preguntó ahora Hurtado al chico rucio.

—Nos repelió a coscachos, señor, pero el Rudi le mordió la pierna, y ahí está todavía sentada delante de la puerta, sobándose. Nadie se atreve a acercársele.

—¿Dónde están tus compañeros?

—En la cocina. Comiéndose los huesillos.

—Andando —nos mandó Hurtado.

Levantamos a la ecónoma y la llevamos al sótano. Ahí le cayó la chaucha. No se escandalizó en lo más mínimo. Reaccionó casi con alegría.

—Bien, niños. Asado con papas, ensalada de tomates, y helados con mermelada de postre.

—Y bebidas —agregó Carrión.

—Y para los señores y señoras —dijo Pérez, mostrando al cuerpo docente—, porridge y guatitas con cebollas.

Félix: Formados, esperamos que los cinco grandes se pusieran de acuerdo. Hans Lehmann se adelantó:

—Señores —gritó—, la acción ha sido un éxito completo.

Aplaudimos y gritamos “hurra” y “viva” varias veces.

—La tortilla, señores, se ha dado vuelta.

Más aplausos y gritos.

—¡Orden, señores! —gritó Carrión desde atrás.

—Antes de almorzar, convidaremos a las damas.

Las damas eran ocho, dos mocosas de tercera y seis grandes de sexta preparatoria y primer año de humanidades, que era el curso más alto del colegio.

Elizabeth: Esa mañana, cuando salimos a formarnos para el desayuno no estaban ni Murer, ni Fräulein Lotte, ni Frau Wilma, ni ningún otro profesor, salvo la señorita Peralta, que se paseaba tratando de disimular su desconcierto. Ella era la única que no dormía en el colegio, se venía en bus desde Villa Alemana, donde tenía su casa.

Carrión: En verdad nos habíamos olvidado de la cara de pera.

Elizabeth: En eso apareció de la casa grande Hans Lehmann disfrazado de cazador, calzando botas que le quedaban tan grandes como zapatos de Chaplin, escopeta y una ristra de cartuchos al pecho. Al verlo, todos comenzaron a aplaudir. Creo que era más para reírse que aplaudir. La señorita Peralta movía la boca sin abrirla, hasta que se decidió y comenzó a caminar hacia el parrón que conducía a la salida que daba al camino. A velocidad de paseo, haciéndose la distraída.

—Carlos, Félix, Juan, Hurtado, Brian, Raúl —gritó Lehmann—. ¡Un paso al frente!

Los nombrados obedecieron como militares. Hans Lehmann les indicó con el brazo estirado la figura de la profesora que se alejaba y les ordenó:

—Acción piraña.

Los seis corrieron tras la profesora que se detuvo, mirándolos espantada. Entre los seis la levantaron en el aire. Comenzaron a caminar llevándola, cual trofeo, con los brazos estirados. La señorita Peralta tendida cuan larga era, boca arriba, con la espalda sobre las doce manos; sobre ella, el cielo. Desfilaron ante nosotros. Otra vez los

aplausos y los “hurra”. ¿Qué habrá pensado la señorita Peralta en esos momentos?

—Al sótano.

Carrión: En el sótano había un water. La primera en usarlo fue Fräulein Lotte. Era imposible no oír el sonido de su orina cayendo sobre el agua de la taza. Fräulein Lotte también se percató de esto, y, junto con su orina, escuchamos su risa. A Murer se le hundieron las mejillas y se le achicaron los ojos. La Peralta, con una cara de pera que le hacía honor a su nombre, no le daba reposo a su boca cerrada, hacía cien muecas por minuto. Era para quedarse mirando un rato esos labios caleidoscópicos, pero después uno se ponía nervioso por el temor de comenzar uno también a mover la boca como ella. Hernández tenía un tajo en el brazo, que a pesar de que ya no sangraba, el Klaus Lehmann insistió en aplicarle un impresionante torniquete con una honda. Para hacerlo tuvimos que sujetar entre cuatro al herido, que se comportaba como un niño chico antes de la inyección.

Elizabeth: Después del desayuno nos encerramos todas en el dormitorio grande, siguiendo una instrucción de Carrión, porque “podía haber jaleo”.

Frau von Müllenbrock: Yo no soy la encargada de controlar quién toma o no desayuno. Las dos empleadas me miraban pidiendo instrucciones. Yo les dije que nuestra labor es dar de comer, para eso estábamos allí. No era asunto nuestro si habían desaparecido los profesores. A cada cual lo suyo.

Elizabeth: Desayunamos más rápido que de costumbre. Ada fue la primera en levantarse y

abandonar corriendo el comedor rumbo al dormitorio. Todas estaban asustadas, menos yo.

Pasamos toda la mañana encerradas, haciendo pipí en las bacinicas, y conversando. Hasta que Ada dijo que nos hiciéramos vestidos de bailarinas. Le pregunté que cómo. Me dijo que muy fácil. Tomó una tijera y comenzó a recortar su falda hasta dejarla a la altura de su sexo, luego le hizo cortes verticales transformándola en flecos que con cada movimiento dejaban ver sus calzones. Las otras la imitaron, y al rato estaban todas luciendo sus piernas como en las películas, y muertas de la risa.

—Las van a castigar —les previne.

—¿Quién? —me desafió Ada moviendo sus caderas—. El colegio es nuestro. Los cabros están matando a los profesores. Por eso estamos encerradas. Cuando los terminen de matar nos van a sacar y vamos a hacer una fiesta enorme, inolvidable, la gran fiesta de nuestra vida.

Me reí de buena gana y le dije:

—Los van a matar, se los van a comer y después van a jugar fútbol con sus cráneos. Sí, aunque son cabros que no saben ni limpiarse el poto, van a hacer todo eso. Y después se van a casar con nosotras.

—Ríete —me increpó Ada—, ríete, pero la verdad es que te mueres de ganas y no te atreves.

No sabía de qué me estaba hablando hasta que la negra Teresa me dijo que si no usaba el choro se me iba a oxidar (las risotadas que produjeron estas palabras las seguiría escuchando toda mi vida, me perseguirían como ese chino en mis sueños que

me persigue con una cimitarra ante las plácidas miradas de los demás).

Brian: Entramos a almorzar mientras un grupo se fue a buscar a las niñas, que entraron vestidas de “jaguayananas”, haciendo que todos nos pusiéramos de pie para verlas mejor. Comenzamos a gritar: “que bailen, que bailen”. Luisa se subió arriba de una mesa, con gran descontento de los chicocos que estaban sentados a ella, y gritó: “Bailaremos, pero tenemos hambre. Después de almuerzo, de postre”. Y sacudió sus caderas como un adelanto de lo que vendría. Juan se puso pálido, se le adelgazaron los labios y sus dientes asomaron como los de un vampiro.

Juan: Fue como si me tiraran con fuerza de huascazo un trapo sucio y mojado a la cara.

Hurtado: El asado estaba de cortarlo con la uña. Estábamos esperando los helados cuando escuchamos la bocina. Un auto había entrado. Carrión se puso de pie y nos pidió:

—Silencio ab-so-lu-to.

Raúl, que miraba por la ventana, gritó:

—Es un Mercedes Benz.

—Es mi abuelo —exclamó Félix poniéndose a correr hacia la puerta.

—Atajen a ese carajo —gritó Hans Lehmann esgrimando la escopeta.

Félix: Era mi abuelito. Corrí a su encuentro. Se bajó del auto y me abrazó riéndose.

—¿Dónde están los demás? —me preguntó.

Miré hacia el comedor. Cuarenta rostros y ochenta manos apretados contra las ventanas.

—¿Pasa algo, m'hijito?

—Nos tomamos el colegio.

—¿Cómo, m'hijo?

—Encerramos al director y a los profesores en el sótano.

La cara del abuelo pasó de la expresión cariñosa a la del máximo grado de entusiasmo, y articuló recalcando cada sílaba:

—Excelente, excelente.

Sus ojos brillaban. Con una agilidad que no le conocía se dirigió al comedor. Lo seguí asustado, vacilando en tirarlo de la chaqueta para detenerlo y evitarle el destino de Murer. Abrió de un manotazo la puerta del comedor y entró.

—Muchachos —dijo—, me he enterado de lo que han logrado realizar. Los felicito. Los felicito. Merecen ser con-de-co-ra-dos. A ver, tres ra por vuestra victoria. Hip . . .

—Ra —contestamos todos eufóricos, sobre todo yo.

—Hiiip . . .

—Ra.

—Hiiip . . .

—Ra.

Aplausos. Y el abuelo:

—Y qué buen aspecto tienen esos helados. ¿Me convidan?

Carrión y los Lehmann estaban radiantes.

—Asiento, señor —dijo Pérez, apartando una silla en la mesa grande de los profesores que ahora ocupaba la plana mayor de la operación.

—¿Me permiten un capricho? —preguntó mi abuelo—. Me gustaría sentarme con mi nieto.

—Félix —me dijo Carrión con amabilidad—, siéntate aquí, al lado del caballero.

Me senté al lado del abuelo, que ya se ponía la servilleta. Todos volvieron a las mesas, y se reanudaron las conversaciones y las risas. La ecónoma anunció que habría repetición de los helados.

Hurtado: Era la tercera vez que comíamos helados ese año. Los hacía personalmente la Frau von Müllенbrock en una máquina hecha con barriles. La primera vez que tomamos helados había sido para el cumpleaños del Führer, la segunda cuando comenzó la ofensiva de Von Rundsten. Volveríamos a comer helados, por cuarta y última vez, para la muerte de Franklin Delano Roosevelt.

Félix: Mi abuelo tenía un vozarrón, pero siempre con un toque de amabilidad:

—¿No tiene vino, señora? —le preguntó a la ecónoma.

—Bueno, sí, señor.

—¿Y qué está esperando, mi bella señora? Estamos todos con la garganta congelada. Tráiganos el mejor tinto que tenga en bodega.

La Frau von Müllенbrock desapareció en la cocina para volver, en medio de aplausos, abrazando seis botellas de vino que colocó sobre la mesa grande. El abuelo les revisó la etiqueta con aprobación.

—Excelente —dijo—, excelente.

Elizabeth: Convencimos a las dos chicas que se fueran a jugar a las muñecas a su pieza en la

segunda casa. Las seis mayores nos levantamos de la mesa y salimos en fila india encabezada por Ada, que se cimbreaba descaradamente.

—Nosotras los llamaremos —dijo Ada deslizándose su mano por los hombros de Pérez, que soltó una risita estúpida.

El viejo pelado miraba las piernas con los mismos ojos saltones con que había mirado el vino. Me contempló extrañado a mí, que iba al último y no llevaba la falda recortada como las otras. Sus ojos asombrados me turbaron.

Ada ordenó despejar el salón. Una vez metidos los muebles en uno de los dormitorios, siempre siguiendo instrucciones de Ada, pusimos frazadas cubriendo todo el suelo del salón, luego pusimos más frazadas para dejar el suelo más mullido aún.

—Teresa, anda a llamarlos. Que vengan sólo los grandes y el viejito.

Una pelota iba creciendo en mi garganta. El estómago lo sentía duro. Lo peor era la sensación de vulnerabilidad ante las miradas, gestos y risitas de las otras que se soltaban el pelo y vacilaban entre sacarse o no los calzones, y quedarse sólo con esa falda de flecos para poder lucir con ciertos movimientos bruscos y rápidos de las caderas partes del sexo y el trasero. Una poseía un rouge con el que se pintaron enormes riñones sobre los labios.

Brian: Mandaron a los chicocos a sacar las pelotas de la oficina de Murer y a jugar a destajo hasta que tocaran para tomar café. Juan salió casi corriendo.

—Brian —me encargó Carrión con una sonrisa antes de entrar a la casa del brazo del abuelo de Félix—, que preparen galletas para las once.

Pérez, el último en entrar, cerró la puerta violentamente.

Abuelo: Ninfas. Ninfas.

Félix: El abuelo, que ya se había bebido dos botellas, entró al baile con una tercera en el bolsillo de su chaqueta, y balanceándose peligrosamente. Nos sentamos en el suelo con la espalda apoyada contra la pared.

Brian: En serio, más me interesaba jugar a la pelota que entrar. No envidiaba para nada a Félix. Iba ya rumbo a la cancha cuando vi un cuerpo entre los cardenales. Era Juan que estaba tendido, tirado en el suelo entre las matas detrás del comedor, llorando a sollozos. Me paré a su lado y le dije: “Juan”. Pero siguió acostado boca abajo sacudiéndose con cada sollozo como con un corrientazo. La fuerza del llanto lo revolcaba en la tierra húmeda. No me respondió. Me quedé sentado a su lado, en silencio.

Luisa: Busqué con mis ojos a Juan en el grupo que iba entrando. Cuando no lo vi saqué las manos con las que tontamente me había cubierto el sexo. Se había quedado afuera.

Elizabeth: Me quedé en el umbral mirando inmóvil a esas muchachas que con el rostro encendido por el pudor y el deseo daban vueltas sin ton ni son, imitando las poses de artistas de cine vistas en afiches y anuncios de películas de revistas y diarios. Ada fue la primera en bajarse los calzones,

delante de todos, apurada, ansiosa de mostrarse. Los muchachos comenzaron a desabrocharse los pantalones para masturbarse. Teresa se arrodilló ante Carrión, le tomó el sexo con las dos manos y miró desafiante a Ada.

—Ven —le pidió Ada a Hans Lehmann, echando sus caderas hacia delante.

Varios se levantaron desnudos de la cintura para abajo, y se aproximaron a las bailarinas. Luisa se sacó los calzones junto con la falda, estaba anhelante, paseando sus ojos entre Hurtado y Pérez que se le aproximaron. Cecilia, la dulce niña de trenzas y ojos azules, comenzó a pedir, entre suspiros, que la tocaran mientras sostenía con sus manos el sexo de dos muchachos. Félix permanecía sentado mirando con desconcierto a su abuelo arrodillado ante Ursula que alternativamente reía y jadeaba.

Por la ventana vi cómo aparecían por el parrón dos autos, de los cuales se bajaron dos carabineros, tres hombres de civil y la Frau von Müllenbrock. Dos de los de civil sonreían mientras el de bigotes miraba a su alrededor; luego, le dijo algo a la von Müllenbrock que corrió hacia la campana. A los pocos segundos comenzó a tocar. Adentro se quedaron todos paralizados. Esta vez reí yo.

—Son los cabros chicos —dijo Hans Lehmann cubriéndose su miembro con las manos.

—No —dije con calma—. Son los carabineros.

Me miraron primero a mí y después por la ventana.

—¿Qué vamos a hacer? —demandó uno, mientras todos se ponían la ropa.

—¿Y ahora? —preguntó otro, abotonándose.

Teresa y Cecilia se pusieron a llorar, una en brazos de la otra. Entonces el abuelo de Félix, con una vozarrón que parecía mugido de vaca y pito de barco, gritó mostrando la puerta:

—Barricadas.

La campana continuaba sonando y los chicos ya se formaban. Adentro la actividad era febril. Con nerviosa rapidez matizada por entusiasmadas risas colocaron los sofás trancando la puerta. Luego comenzaron a juntar muebles frente a la ventana. Camas, sillones, veladores, todo en gran desorden. El viejo se tambaleaba en el medio del salón, arengando y aprobando. Y la campana déle que déle. De repente, el viejo, que al parecer ya se había visto en otras por el estilo, pegó un grito más fuerte aún que los otros:

—Muchachos.

Todos se detuvieron mirándolo.

—El grifo —tronó el viejo, indicando el enorme grifo de incendios y la manguera enrollada en un estantito con puerta de vidrio.

Rápidamente la desenrollaron. Carrión cogió el pesado pituto, y Hurtado apretó en sus manos la llave palanca. Justo a tiempo, pues ya se escuchaban pasos en uno de los dormitorios cuya puerta daba al salón. En expectante silencio todos clavaron los ojos en la puerta. Carrión apuntó el pituto hacia ella. El viejo levantó un brazo mirando a Hurtado.

Teniente Miranda: Llegó una gringa gorda en una de esas bicicletas con canasto en el volante. Entró media sofocada a la comisaría y gritó:

—Se tomaron el internado.

Parecía tan ansiosa que la sentamos ante un vaso de agua.

—Cuéntenos.

—Los niños. Los muchachones encerraron al director y a todo el profesorado en el sótano —explicó resoplando.

—No será para tanto.

—Están armados, y están penetrando a las niñas.

Entre seria y risueñamente, asombrados, nos pusimos en camino.

Elizabeth: Apenas abrieron la puerta, la voz del viejo retumbó como un cañonazo:

—Fuego —gritó bajando el brazo.

El carabinero y el hombre de bigotes quedaron paralizados a la vista de aquella arma. Primero salió un chorro breve, y acto seguido un chisquete que casi le hace perder el equilibrio a Carrión, que logró dominar la manguera y, prácticamente, elevó del suelo al bigotudo y al pobre paco. Ambos cayeron al piso mientras Carrión los bañaba sin piedad. Se arrastraban y trataban inútilmente de ponerse de pie o de caminar en cuatro patas.

—A degüello —rugió el abuelo ante una mirada interrogativa de Carrión.

En eso aparecieron Murer, el otro carabinero y los dos inspectores de civil, que saltaron sobre los cuerpos que se convulsionaban como peces fuera

del agua, y se precipitaron sobre Carrión. Este maniobró bien. Hay que decirlo. Tumbó al pobre Murer y al carabinero, pero los otros dos lograron pescarlo y practicarle una llave de judo mientras la manguera culebreaba y disparaba su potente chorro al techo, a los vidrios (que quebró), a los niños, hasta que a Hurtado se le ocurrió que ya no tenía sentido el seguir y cortó el agua. Carrión dejó de forcejear con los policías. Murer se sentó en el suelo. El bigotudo y uno de los carabineros se levantaron tambaleándose, con el pelo hasta la boca.

—Muchachos —tronó el abuelo—, formarse.

No sé por qué le obedecieron. Lentamente se formaron, cambiando repetidamente de puestos para respetar el orden de estatura.

Entonces el abuelo le sonrió al bigotudo y a Murer, que habían terminado de levantarse. Y les dijo:

—Señores, la resistencia ha terminado. Les entrego el bastión. Muchachos, firme.

Y se dejó caer en uno de los sillones que trancaba la puerta presa de un ataque de risa.

Brian: La Frau von Müllenbrock seguía tocando la campana como contratada mientras de la casa grande salían lentamente, con la cabeza gacha, Carrión y sus boys y las niñas. Lehmann seguía con las botas de Murer. Detrás de ellos salió el abuelo de Félix con los brazos aparatosamente en alto, como si lo llevaran manos arriba. Después salieron Murer, los carabineros y los inspectores empapados hasta los huesos.

—Le puede decir alguien a esa maldita gringa de la bicicleta que deje de tocar esa maldita campana —dijo irritado el inspector de bigotes. Estaba verde.

Aún desconfiando, hicieron su aparición la Peralta, Hernández, la Lotte y Frau Wilma. Un triste grupo. No sabían adónde mirar.

Carrión y su pandilla debían quedarse de pie en el patio. Los demás, irnos a nuestras respectivas salas de clases. Murer dio las instrucciones con calma y firmeza. Cuando terminó, tomó la palabra el abuelo:

—Muchachos, ha sido un gran día. Como dijo Shakespeare y luego Goethe: "*Grau ist jede Theorie und*" ...

—Usted va con nosotros —le interrumpió el jefe de policía, golpeándole un hombro.

—¿Pero, cómo? —protestó el abuelo—. A mí me convidaron.

Mi curso desfiló hacia al terraza de la casa, donde funcionaba nuestra sala. Pasamos por el lado de Frau von Müllenbrock, que parada al lado de la campana, con los brazos en jarra, nos miraba sonriente. Cuando subimos la escalera nos lanzó en voz alta:

—Terminó la fiesta, niños.

Como si no lo supiéramos. Esa noche habría guatitas con cebolla.

FULL DE ASES

Cursaba el último semestre de mi carrera de periodismo cuando fui expulsado del hogar. Mi padre gritó que no quería verme más. Era un hombre gordo, alto, de enormes pies, que cubría casi todo el umbral, ocultando a mi madre y a la empleada, que lloraban a moco tendido en el hall.

Por primera vez percibí aspectos de la avenida en que vivíamos, de los que jamás me había percatado. Hasta la forma del poste de la luz me pareció diferente. A un gigantesco limonero del jardín del vecino no lo había visto nunca. Caminé con las manos en los bolsillos, el rostro algo encendido, mirando esa calle de tantos años donde descubría un grifo, el tronco acromegálico de un aroma, detalles algunos que jamás había notado y otros que adquirirían dimensiones diferentes.

¿Qué podía hacer con mil pesos en el bolsillo? Una vez un periodista más o menos de mi edad se encontró en una situación parecida o peor. Abandonado en un país extraño, en Arabia creo, sin conocer el idioma, sin trabajo ni conocido alguno, con el estómago y el bolsillo vacíos. Después de mucho cavilar llegó serenamente a la siguiente

conclusión: científicamente, estadísticamente, era imposible que un joven sano de veintidós años, en semejante situación, muriese de inanición; imposible, no estaba en los libros, ni en la lógica ni en la sociología. Entonces, se tendió en el suelo a esperar. No con esperanzas, sino con una fundamentada fe absoluta. Y allí esperó. Entonces alguien apareció. Hablaron, el tipo le ofreció un cigarrillo, y, poco a poco, comenzó a abrirse una puerta, luego otra y así.

Desde la panadería de la esquina telefoneé a Inés, la que no bien escuchó mi voz me preguntó:

—¿Vamos a ir al cine?

—No. Te quiero ir a ver. Quiero ir a tu casa.

—¿A mi casa? ¿Y qué vamos a hacer aquí? No seas fome.

—Escucha, tengo un problema. Estoy en dificultades.

—¡Ah! Tú y tus líos. ¿Y pretendes pasarte toda la tarde, encerrado conmigo, contándome tus asuntos? Ah, no, por favor.

Otro tipo se fue de la ciudad dejando atrás su puesto, su casa, su familia (menos su auto deportivo) por irse con su amante, que iba muy envuelta en un tapado de armiño, a iniciar una nueva vida. Viajaban por un hermoso camino que bordeaba el mar, musitándose promesas y palabras de amor. Ahora ella cuidaría de él. De pronto, él se da cuenta de que algo no funciona bien en el auto. Una rueda iba frenada y comenzó a humear. Se detienen. El fuego amenaza con propagarse, ya salen

llamaradas de la rueda. El, desesperado (ella está a su lado mirando), le arrebató el abrigo de pieles y lo presiona alrededor de la rueda amagada para sofocar el fuego. Entonces ella reacciona como una leona histérica. Con un bufido lo empuja y le quita el abrigo, ya algo dañado, y le pregunta con una voz y una expresión facial desconocidas, si se ha vuelto loco. El, en cuclillas, frente a la rueda, que ya ha dejado de humear, la mira atónito. Pero ella ya le está haciendo señales a un auto supersport que se detiene frenando aparatosamente. Un alegre buenmozo de sombrero blanco la invita a subirse.

Colgué el fono. Había olor a pan fresco. No me moriría de hambre, la sociología y la estadística estaban en contra. Tenía que buscar albergue. Con los mil pesos me alcanzaba para una noche en algún hotel, pero no era eso lo que quería. Necesitaba un lugar donde quedarme para poder terminar mis estudios. Dejé la panadería y tomé un taxi; era dilapidar, pero no estaba de ánimo para buses. Además, tenía un "as" en la manga. Uno de mis profesores, el mejor, don Jacinto, me había dicho una vez que "cualquier cosa a tu disposición". Un tipazo, y con cojones, el único que se atrevió a expresar su protesta en clases cuando exoneraron a sus colegas. Le pedí al chofer, un tipo con cara de enemigo del ratón Mickey, que me llevara al centro. Al rato le dije:

—Oiga, ¿usted nunca se ha encontrado en algo así como en una pieza sin puertas?

Me miró por el espejo retrovisor y se encontró con mi rostro impertérito. Luego se concentró en su volante y el tránsito. Yo le miraba la nuca.

—Me gustaría —insistí— ver a un tipo como usted adentro de algo así como una pieza sin puertas.

Detuvo el auto, faltaba aún bastante para llegar al centro, giró la mitad superior de su cuerpo y me enfrentó. Estaba congestinado.

—Mire —dijo, modulando con fuerza—, si usted está en una pieza sin puertas, por algún lado tiene que haber entrado, ¿no? Bueno, esa puerta, por donde usted entró, esa es la puerta por donde podrá salir.

El tipo estaba entre furioso y entusiasmado por tener que darme una lección de lógica tan abrumadora. A mí no se me movió ni una ceja mientras lo escuchaba, pero era todo un espectáculo, sobre todo esa reacción tan sorprendente de parar el auto para contestarme.

—... porque usted no nació en la pieza —continuó—. De algún modo llegó a parar ahí. Es más... —se detuvo para tomar aliento o buscar palabras—. Mire, siempre hay una puerta, siempre.

Y volvimos a partir. Las luces de la calle se estaban encendiendo. Con don Jacinto sosteníamos largas conversaciones sobre las posibilidades del periodismo. Una vez nos encerramos en su oficina aperados de pliegos de papel y plumones de colores. Juntos redactamos la primera página de un diario con titulares ideales, justo aquello que a la gente le gusta leer. Desgracias ajenas de todo tipo, muertes, incendios, terremotos, inundaciones, pes-

tes, atropellos, hambrunas. Terminada la página macabra, don Jacinto dijo: “esto los haría chillar de gusto”.

—Llegamos —ladró el chofer del taxi.

—Ah, ya. Gracias. ¿Cuánto es? —pregunté bajándome.

—Nada —gritó, apoyando la palabra con un enérgico movimiento de su brazo derecho.

Cerré la puerta. Extraje mi billete de mil pesos, pero su rostro de energúmeno me detuvo, me fulminó con una última mirada y desapareció de mi vida.

Caminé entre vendedores de maní y peinetas, entre delincuentes y prostitutas, entre ministros y árabes millonarios, entre pieles, harapos, perfumes y hedores. Un muchachito descalzo cantaba a grito pelado en un umbral que en Mejillones había tenido un amor. Me coloqué a su lado y comencé a cantar junto con él. “En Mejillones yo tuve un amor, y no lo puedo olvidar. Mejilloones...”. Para qué decir lo que gozó el niño, pero el río de gente pasaba, una sonrisa divertida, una vieja desaprobando, y un hombre de bigotes, tipo oficinista, que se detiene y me queda mirando anonadado. Yo, con los ojos entornados, seguí gritando con el muchachito hasta terminar la canción. Entonces nos miramos y reímos juntos. Fue una delicia.

—Vamos a comernos un sandwich.

Mientras comíamos uno de esos panes largos con una salchicha cubierta de mayonesa, mostaza, salsa americana, ají, chucrut —con todo aquello embadurnándonos las manos y goteando el suelo— tara-

reábamos suavemente canciones. Con el entusiasmo, mi amiguito se aproximó demasiado a una chaqueta de tweed con las consecuencias del caso. Una mujer flaca, crispada, tipo profesora de inglés, me espetó con furia contenida:

—Dígale a su hijo de puta que coma con cuidado.

—Mire —le respondí masticando—, nosotros somos hijos de putas, pero hijos de putas en Cristo—. Y la quedé mirando con los ojos bien abiertos, como queriendo hipnotizarla.

El chico se comió la salchicha con todas sus salsas, jugos y ensaladas, dejando el pan limpio que introdujo en el bolsillo. Se despidió con un: “Gracias, jefe” y una sonrisa, mientras yo, con por lo menos seis servilletas de papel, me limpiaba las manos y la cara.

La noche había caído sobre Santiago. Llamaría a don Jacinto, que me había dicho “si tú insistes en llamarme don y tratarme de usted es cosa tuya, tú vas a hacer el ridículo. Pronto vamos a ser colegas, y en esta profesión nos tratamos de huevón para abajo. La seriedad como categoría de presentación ya pasó de moda. Y no es que no seamos serios. Somos mucho más serios que aquellos que insisten en engolar la voz, y que en lugar de escribir palabrotas en las letrinas, solicitan que las borren”.

Una vez entraron dos hombres de jerarquía al toilette de un elegante club. Comenzaron a orinar uno al lado del otro. Entonces el más joven, riéndose, le mostró al otro las anotaciones en la pared.

“Tengo buen poto. Llamar al 339966”, “Si quieres vivir fuerte y sano, suelta lo que tienes en la mano”, y otras más procaces. El de más edad, sin atisbo de sonrisa, extrajo un plumón negro y escribió con grandes mayúsculas: HONOR AL MERITO. El joven se tragó la sonrisa. El mayor sonrió satisfecho.

Refrescaba. Casi hacía frío. En un quiosco atiborrado de revistas compré cigarrillos. Los abrí y le ofrecí uno a la señora que me los había vendido. Lo aceptó, y se lo encendí. Me quedé allí mirando los titulares. “Carabineros muerto por infractor del toque de queda”.

El homicida no era cualquiera. Un abogado. Lo condujeron donde un sicólogo recién llegado de Viena, que no hablaba muy bien el castellano.

—La cosa es claga —dijo el austríaco, en la primera entrevista, antes de que el acusado dijera esta boca es mía—. Usted desde chico quiso matag a su papá parra acostagse con su mamá.

El abogado, que estaba deprimido, pareció revivir y gritó: “Queé”.

—No interrumpa. Entonces, usted, cuando vio al policía que lo amenazaba con el revólveg, vio en el revólveg el pene de su padre, le quitó el revólveg al policía, pog que así castraba a su padre. Además, necesitaba el pene de su padre, y, entonces, mató al policía pog eso.

El abogado con los ojos fuera de las órbitas miraba para todos los lados hasta que vio entrar al comisario. Sin perder la sonrisa desconcertada, le dijo:

—Este gringo está chiflado.

El austríaco, indignado, se puso de pie de un salto, y amenazándolo con el dedo, le gritó:

—Usted está loco. Maldito degenerado.

El abogado cambió la sonrisa por un ataque de risa mientras articulaba, “está chiflado, chiflado”. El comisario estaba lelo.

—Degenerado. Quería castrag a su papá, póg eso le quitó la pistola al policía.

—¡Queeeé! —demandó el comisario.

—Dice —le explicó el abogado conteniendo la risa —que yo maté al carabinero porque quería acostarme con mi mamá.

—Exacto —gritó el austríaco.

Lentamente se fue dibujando una sonrisa en el rostro del comisario. Miró al abogado, y éste le dijo:

—Está chiflado.

Y ambos fueron presa de sendos accesos de risa.

Caminé con el cigarrillo en la boca por entre el hervidero de la calle Ahumada. No obstante el primaverál frío, mujeres gordas compraban grandes barquillos de helados bicolores. Recibí un manotazo en la espalda. Allí estaba Felipe, el compañero del San Agustín, que había desertado en tercer año para trabajar en la pequeña industria de su padre.

—Hombre, hombre —me saludó, con un tono insoportable de farsante. Lo miré impasible sin siquiera decirle “hola”.

—¿En qué andas, hombre?

—Buscando una puerta.

—Veo que sigues tan huevón como antes. Ven. Este encuentro hay que celebrarlo.

Me llevó a un sótano no del todo oscuro. Una cuarta parte de las mesas estaba desocupada. Nos sentamos y pedimos Tom Collins. Adelante, en una especie de escenario a veinte centímetros de desnivel, se desnudaba una mujer al son de una pequeña orquesta de cuatro músicos. Se desnudó totalmente. Iluminada por los potentes focos, comenzó a caminar alrededor de la pista, mostrando su intimidad poco menos que a cada uno.

Un viajero pasó en su auto por un polvoriento pueblo aparentemente semidesierto. Después supo, pues los vio salir, que todos estaban en misa. Detuvo el coche a la sombra de un árbol con la intención de estirar un poco las piernas y ver si existía la posibilidad de comprar un emparedado y una cerveza. Le llamó la atención una especie de gigantesco galpón, cuya vieja puerta estaba entreabierta. En la calle no se veía un alma. Llevado un tanto por la curiosidad entró al oscuro galpón. Paulatinamente sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Ruedas de autos, máquinas cubiertas de herrumbre, barriles desvencijados, leña, herramientas deterioradas. Escuchó algo que le pareció un suspiro.

—¿Sí? —gritó.

Por toda respuesta se repitió el suspiro. Entre bultos, carretillas sin ruedas y utensilios decrepitos se fue abriendo paso en medio de la penumbra hasta que llegó a una enorme jaula, donde estaba encerrada una mujer desnuda, recostada sobre paja seca y algunos sacos. Era una mujer joven de ampulosas caderas y pechos llenos, desgredada, sucia,

con ojos en que brillaba una luz que nada tenía que ver con la inteligencia. Al verlo, la mujer se incorporó y le mostró con su índice, anhelante, su sexo, emitiendo sonidos guturales, luego le mostró la cerradura de la jaula y una llave que colgaba de un clavo a tres metros de distancia. A tropezones logró el viajero salir de allí. El sol le cegó en la tierrosa calle del pueblo. Sus habitantes estaban en la iglesia, golpeándose el pecho con la mano.

De pronto, Felipe dio un respingo. Tentado de la risa me preguntó:

—¿Cómo era la huevada de la puerta?

Pero yo tenía los ojos puestos en dos jovencitas que correspondían generosamente a mis miradas. Felipe siguió la dirección de mis ojos.

—¿Quieres que las convidemos?

Bastó un guiño de Felipe para que acudieran y se sentaran con nosotros. Inmediatamente apareció el mozo para anotar el nuevo pedido. ¿Cómo te llamas? ¿Vienen siempre acá? ¿Les gustó el show? Eran suaves y les gustaba comportarse como señoritas. Terminado el último número, el escenario fue ocupado como pista de baile por el público. Invitamos a bailar a nuestras acompañantes. Tocaban una samba, el primer movimiento de una sonata de Mozart, la que compuso después de la muerte de su padre, interpretada en ardiente ritmo brasileño.

—La música no es mala —dije a mi pareja.

Pero ella miraba a todos los demás, tanto a los que estaban sentados como a los otros bailarines.

—No está mal la música —insistí.

—¿Qué dice? —preguntó frunciendo las cejas.

—Digo que la música es buena.

Pero ella buscaba con sus ojos otras miradas. Al mismo tiempo que se mostraba meneándose al ritmo de la música. Me aproximé más y elevé el volumen de mi voz:

—Los de la orquesta no parecen músicos cualquiera. ¿Los conoces?

—¿Qué? ¿Qué dice? —preguntó como si no estuviese segura de que yo había hablado.

Opté por mirarla bailar, no lo hacía mal, pero no ponía mayor empeño. Volteaba la cabeza sin interrupción, mirando a los que entraban, a los que se sentaban. En eso me puso una mano sobre el hombro y me dijo con su voz aterciopelada:

—No bailes tan rápido.

Fue como si me pusieran un ají en el traste. Me puse a bailar como un trompo cucarro. Girando, haciendo figuras con los brazos, saltando y pataleando como un bailarín ruso, empujando y chocando a medio mundo, hasta que quedé solo sobre la pista, de rodillas y sacudiéndome al ritmo de la música. Volví a pararme sin dejar de sambear, con los brazos extendidos como un equilibrista, y terminó la samba.

—Mejillones —grité a los músicos.

E inmediatamente, éstos, temerosos de que saliera de mi trance, atacaron “Mejillones” a ritmo de charleston. Mientras yo zapateaba y tiritaba como un epiléptico, el público, ordenada y rítmicamente, pedía que me desnudara, gritando: “en pelotas, en pelotas, en pelotas” palmeando al compás. Cuando

me vino la puntada a la cintura me detuve, lancé besos al público con los dedos de ambas manos y me fui a sentar. La orquesta comenzó una balada lenta, y la pista se colmó de parejas.

Felipe me sonreía de oreja a oreja. Su acompañante me contemplaba intrigadísima. Yo resoplaba cubierto de sudor. Mi dama se había hecho humo. Al rato la vi en otra mesa, acompañando a un gordo pelado, tratando ostensiblemente de no mirarme.

—¿Se va a servir algo más? —volvió a aparecer el mozo.

Miré interrogante a Felipe, total, él me había convidado y no quería aprovecharme. Antes que Felipe reaccionara el mozo volvió a hablar:

—La casa invita, señor.

—Sacaste trago, huevón —exclamó Felipe regocijado.

—Tráigame un café y... gracias.

Relajándome, bebí el cafecito mientras Felipe abrazaba, olvidándose del mundo, a su pareja. Un cantante había aparecido frente a la orquesta, entonaba canciones sentimentales masturbando el micrófono, traicionando unos deseos, a penas reprimidos, de metérselo en la boca. Cuando me repuse de mi agitación me levanté, sin interrumpir a mi amigo que amenazaba transformar aquello en un dormitorio, y dejé el local.

En la calle me dio frío. Encendí un cigarrillo. En una fuente de soda hice cola tras el teléfono.

—Don Jacinto, me echaron de la casa.

La cajera, el teléfono estaba a su lado, se irguió y se quedó mirándome.

—No he podido contactarme con nadie. No tengo donde ir. Estoy abrumado.

—Vente para acá —me dijo—. Aquí te voy a espantar la bruma. Trata de llegar antes de las doce de la noche.

—Gracias, don Jacinto. Chao, don Jacinto.

La cajera sonreía mirándome de arriba abajo y me dijo en tono plañidero, maternal:

—Pobrecito. Lo echaron —bruscamente puso cara seria y continuó—: Pailón. Conchaetumadre, maricón, hijo de puta, me cago y recago en vos y tu madre, qué revientes, pelota de mierda, huevón...

Una vez en la calle me subí a un taxi. Qué agradable reclinarsse en el asiento fresco forrado en cuero. Di la dirección de don Jacinto.

—Estoy cansado —dije, mirando la nuca del chofer.

—El que nació cansado —me respondió— es el pelotas que va delante de mí.

Y comenzó a tocarle la bocina. El tipo de adelante volteó la cabeza enojado.

—Apúrate —le gritó mi chofer.

La fila de autos se detuvo. Obviamente, no era culpa del hombre, pero mi chofer, implacable, le gritaba: “Ya, pues; ya, pues”. Y dale con la bocina. El de adelante sacó la cabeza por la ventana y le lanzó un desafiante: “¿Qué tenís?”.

—Que aquí llevo a un gallo que está pariendo.

—¿Qué?

—Que aquí se va cagando un pasajero —gritó

más fuerte aún mi chofer. El otro, desconcertado, se dio por vencido. A cada bocinazo se encogía de hombros resignado.

Cuando salimos de la congestión, el chofer me dio una demostración de cómo maneja James Bond.

Una vez, iba un policía persiguiendo a un bandido. La típica persecución automovilística. A lo que es balazos. El policía disparaba, frenético, a matar. En una de las curvas el auto del delincuente volcó, cayendo a un barranco y comenzó a incendiarse. El hombre, atrapado, no lograba salir de los restos de su auto. El policía se detuvo frente a él, guardando el revólver. Entonces, el bandido, al ver cómo cundían las llamas que ya comenzaban a quemarlo, comenzó a gritarle que por favor lo matara. El policía trataba en vano de salvarlo, no podía bajar la escarpada roca que los separaba. El mismo policía que minutos atrás deseaba intensamente matarlo, quería ahora salvarlo. El delincuente, que huía de las balas, gritaba ahora desafortadamente que lo mataran. El que quería vivir, quiere ahora morir. Y el que deseaba matarlo, ahora no lo hace e, incluso, se desespera por no poder salvarlo.

En una esquina, esperando locomoción, el padre Carlos. Vacilé. Podría ser una puerta. Pero el chofer estaba tan agazapado y concentrado, además el padre Carlos era el confesor del Seminario del cual habían expulsado con bombos y platillos a mi primo. El superior había hecho sacar del refectorio el cuadro de la Virgen, porque se evidenciaba bajo el manto celeste la forma del muslo derecho. Los seminaristas no podían conversar. En las noches

eran despertados cada tres horas para pronunciar jaculatorias. Durante las comidas se les leían repugnantes descripciones de enfermedades, escritas por un tal Alexis Carrel, de los desdichados que acudían a la gruta de Lourdes. La única mujer, si se le podía llamar tal, era un Falstaff femenino encargado de la cocina, que a veces ayudaba con los platos en el refectorio. Un engendro jibado, patuleco, sin dientes, hediondo y escamoso. Y mi primo, justo en medio de los rezos y golpes en el pecho de las once de la noche, se había escabullido al baño y de allí al dormitorio de esta jorobada de Notre Dame, donde no pasó un rato sino que toda la noche, para regresar tambaleándose, con las orejas coloradas, la mirada algo extraviada y una sonrisa estúpida a las seis de la madrugada. Nadie notó su descarrío. Pero a las diez, cuando todos estaban en misa, se escuchó la poderosa voz de campesino del padre Carlos, que pegó el grito desde el confesionario: “Aaah nooo. Eso no, eso noo”. Arrodillado ante él estaba mi primo, tanto o más congestionado que el padre Carlos, que siguió gritando: “Noo, esto tiene que saberlo el superior”. Echaron a mi primo del Seminario, del cual sólo obtuvo una fijación para toda su vida por las mujeres patulecas y desdentadas, que lo llevó a tener aventuras con los esperpentos más increíbles de todo el país.

—¿Quiere que llevemos al cura ese? —me preguntó el chofer.

—No creo que sirva de nada.

—Muy bien dicho. El mundo está patas para arriba, millones de suicidas, de muertos de hambre,

y los curas... pensando en casarse. Justo ahora en que se hace evidente que el matrimonio no funciona, todos los curas quieren casarse. De pronto todos locos por casarse. Porque ¿quién quiere casarse hoy en día? Nadie, nadie, salvo los curas y las prostitutas y uno que otro marica.

No había estado nunca en casa de don Jacinto. Era un chalet antiguo, bastante grande para un solterón. Un farol de cochero iluminaba los mandarinos del jardín. Una vieja de expresión cariñosa me abrió la puerta. Don Jacinto, de lentes, trabajaba tras un escritorio atiborrado de libros y papeles. Hasta una tijera había allí. Me dejé caer en una bergère.

—Tráiganos hielo, dos vasos y el botellón de whisky —ordenó a la vieja. Esta me miró como encontrándome muy joven para beber.

—¿Nada más?

Por toda respuesta don Jacinto la miró. Cuando partió a buscar lo pedido, el dueño de casa me dijo:

—Es un poco porfiada.

—Se ve que tiene su respetable neurosis —dije desganado.

No quería hablar. Don Jacinto continuó escribiendo y se lo agradecí. La vieja colocó dos vasos con la botella sobre la mesa y desapareció disgustada. Sin esperar instrucciones, vertí generosamente whisky en los vasos. Después de beber el segundo vaso se me cerraban solos los ojos. Parece que dor-

mité. Don Jacinto me estaba hablando. Se había sacado los anteojos. Me hundí definitivamente en el sueño. Debo haber dormido un par de horas cuando, mitad dormido mitad despierto, sentí algo húmedo y suave en mi cara. En el suelo vi a un pulpo, pero ya despierto vi una mano deslizándose sobre mi rostro. Había abierto los ojos y, aletargado, vi allí, de pie, inclinado sobre mí, a don Jacinto, sin pantalones, vistiendo minúsculos calzones negros de seda, portalingas de esos que las mujeres se ponen en la cintura, con bajadas con broche que sujetaban medias caladas. Calzaba zapatos de tacón altísimo, como los que usan las putas elegantes. Me estaba acariciando, quizás desde qué rato, la cara y la nuca. Me levanté de un salto y se me deslizaron los pantalones, estaban desabrochados. Me los subí mientras caminaba, chocando con mesas y sillas, buscando la salida. Llegué a la puerta subiéndome el cierre del marrueco. Una vez en el jardín de los mandarinos arremetí contra la puerta de barrotes.

El galpón de un hospital estaba atestado de tullidos, mancos, espásticos, hemipléjicos, seniles, oligofrénicos que se lamentaban, lloraban, gritaban. Durante el baleo de la noche, una bala perdida había alcanzado al joven interno, un enorme atleta rubio de pelo ondulado y hermosos dientes. Ahora lo llevaban, muerto, en una camilla por entre los paralíticos y baldados de la colmada sala. Se callaron de golpe. Ni un solo gemido turbó el silencio, mientras los dos auxiliares llevaban a aquel cuerpo

a través del galpón. Inteligente, joven, sano, hermoso, pero estaba muerto. Ellos estaban vivos.

La reja del jardín estaba con llave, pero yo, despercudido ya del todo, la trepé y salté a la calle. Me coloqué tan nerviosamente un cigarrillo en la boca que lo quebré. Extraje otro y logré encenderlo. Las calles estaban desoladas. Hacía frío. Era más de medianoche.

Un explorador acosado en plena selva por todo tipo de alimañas buscó refugio en un árbol. Abajo quedaron los leones, los cocodrilos, las hienas, etc. “¿Y qué hiciste entonces?”. “Bueno, como no podía hacer absolutamente nada, aproveché para echar un sueñito”.

A esa hora rondaban las patrullas. Había toque de queda. Comencé a caminar por el medio de la calle, practicando más o menos cada veinte metros pasos de charleston con el cigarrillo en la boca.

CON LA LENGUA AFUERA

AQUÍ LO QUE NOS INTERESA es la violencia, el sexo, la sangre, la corrupción, el crimen. ¿Me estás oyendo? Sí, lo estaba oyendo. La mentira, denunciemos las mentiras de otros y mentimos para que los otros nos desmientan. Esa es la onda. Raptos, desapariciones, suicidios, todo tipo de muertes, linda joven de la sociedad, etc. Bueno, ahí está tu escritorio y tu máquina de escribir. ¿Cómo le vas a poner a tu columna? Hasta ayer se llamaba "El agente equis".

—Bueno... —le dije vacilando. Mal que mal era mi primer trabajo. Hacía tres días que me había titulado y tres años que me alimentaba de café y pan con margarina—. Yo le pondría "*The melting pot*".

Se le cayó el puro y me ladró si me había vuelto loco, que éramos serios para nuestras cosas y que si no tenía imaginación que le pusiera "El comisario equis"; que una pareja de enamorados se acababa de suicidar y que no había tiempo de reportear; invéntate la historia y pon en lugar de nombres una letra.

—Ah, las iniciales.

—No seas pelota, una letra, una. Nadie sabrá si nos referimos exactamente a los difuntos.

M. era un joven bueno. Trabajaba todo el día en un taller y le daba toda la plata a su mamá. Conoció a la joven C. y un casto amor surgió entre ambos. Trabajando horas extra compró enceradora, radiocassette, televisor, refrigerador, juguera, estufa a parafina y un ventilador. El problema de M. era su castidad, pero para eso estaban allí sus amigos del taller, que lo llevaron donde la Superputa (llamada también “la puta seven star”) para un acabado desasne en la materia. Lo pasaron a la pieza de la Super siete estrellas. Ahí, recostada entre las pieles de la cama redonda, como Dios la echó al mundo, bañada en oleosos perfumes, en lúbrica posición, estaba C., su noviecita, que al verlo se incorporó exhalando un graznido. Se suicidaron.

Pobres.

Le pasé la historia al viejo para su visto bueno. La leyó y se puso a gritar: “Cecilia, que traigan a Cecilia”. Todo esto sin dignarse a mirarme. Se abrió la puertecita, que nos llegaba al ombligo, y entró un gordo mal afeitado que sostenía un cigarrillo apagado con la boca torcida.

—¿Para qué me quiere, jefe? —preguntó, sin sacarse el pucho de los labios.

—Cecilia —le dijo el viejo, conciliador y paternal, al gordo—, este joven aquí, novel periodista, sobrino del gerente del Banco del Trabajador, se hará cargo de tu sección “Cuénteselo a Cecilia”.

—Ah, no.

—Y tú, Cecilia, serás ahora el comisario equis o como quieras llamarlo.

—No, señor —dijo Cecilia pasándose la mano por la barba de vagabundo.

—Ce-ci-lia. Este es el sobrino del gerente del...

La condición de Cecilia fue que si yo tomaba su columna utilizara otro nombre, él tenía ya su prestigio. Acompañé a Cecilia que iba rezongando, a su escritorio. Actuaba como si yo no existiera.

—¿Qué quieres?

—Las cartas. Las consultas para comenzar inmediatamente a contestarlas.

—Aquí están las cartas —dijo y me pasó un sobre arrugado.

—¿Qué es esto?

—Son las cartas de los últimos seis meses.

—Es que hay una sola.

—¿Y qué querías?

Abrí el sobre.

Querida Cecilia (no sé si llamarte tía o doctora): Después de felicitarte por tus consejitos, paso a decirte lo siguiente. Hace dos años que no le veo el ojo a la papa. ¿Qué me aconsejas? Llámame al 778899 y pregunta por Mario. Mario. P.D. Estoy como toro de exposición.

Me senté desolado frente a la Underwood. El rincón de Alicia. Querida Alicia: me voy a casar con un joven bueno que trabaja en un taller. Yo soy de vida liviana (con eso te lo digo todo). Tus colegas del diario me deben conocer, pregunta por "la seven stars". ¿Cómo debo portarme en la primera noche para no mandarlo cortado apenas

me saque las pantaletas? El no ha conocido mujer. Te saluda "la seven stars".

Se la llevé al viejo para el visto.

—Alicia —me dijo, todo paciencia y amor—, sigue practicando. Mientras tanto anda a la bodega, saca las primeras consultas a Cecilia, busca en los números del año setenta, y cópialas tal cual.

Así lo hice. Cuatro días después, en el bus repleto de pasajeros, me encontré con Cecilia, que explotó de rabia y no halló otro lugar mejor para su catarsis que ese bus atestado de gente.

—Alicia —casi gritó.

—Hola, Cecilia —le dije, tratando de ser simpático.

—Nada de hola, Cecilia. Me estás robando mis cartas.

—No. No te estoy robando tus cartitas.

—No me vengas con esas, Alicia. En tu famoso rinconcito te vistes con mi ropa.

Y no se levanta una vieja de sombrero con pluma y pega el grito de "¿qué nadie va hacer nada?". Y un tipo con cuerpo de ropero: "O se baja el par de maricones o los bajamos nosotros". "Sí", gritaron al unísono tres mujeres. "Que se bajen las locas". "Pare, chofer, hombre de Dios". Entonces, entre las voces, un afeminado gritó que éste era un país libre. Cecilia, que es ojo al charqui, vio allí la tabla del naufrago y respaldó al afeminado con un "Sí, un país libre, viva Allende". Y se armó la gritadera. "Maricones y comunista". "Viva el enano maldito". "Momios prepotentes". "Claro, sólo los ricos pueden ser maricones". El bus se detuvo y la gallada

comenzó a bajarse. Cuatro obreros se pusieron a nuestro lado y uno me susurró: "Bájense y esfú-mense, compañeros". Entonces yo, por los nervios, metí la pata, y le dije: "Gracias, y adelante con Frei". Pero ya se había armado una riña entre los pasajeros. El tipo me quería pegar y el combo lo recibí de todos modos. Cecilia echó a correr y yo detrás llamándolo.

Continuamos caminando hacia la redacción. A mi colega se le había limpiado el higado y le conté mis penas.

—Mira, cabrito —me aconsejó—, léete a Sófocles y a Eurípides.

El rincón de Alicia. Querida doctora: mi padre se ha vuelto a casar con una mujer llamativa. Yo tengo veintidós años y trabajo en un taller. Mi viejo es mal genio y supersticioso. Resulta que una gitana le dijo que su hijo le iba a comer la color. Por otro conducto, en una fiesta con los del taller, me dijeron que mi madrastra no solamente no era mi madre, sino que no era otra que la puta seven y que yo no fuera tonto. ¿Debo meterme en el terreno arado por mi padre? ¿Se cumplirá el vaticinio de la gitana? ¿Debo irme a vivir a Antofagasta? Pescador en la tormenta.

Se la llevé al viejo y éste me preguntó intrigado.

—¿Dónde estudiaste periodismo?

—Empecé en la Universidad de Chile y terminé en la Católica.

—¿Y qué te enseñaron en la Chile y en la Católica? —todo esto con voz dulce y cariñosa.

Traté de recordar lo que me habían enseñado en cinco años para resumirlo en una o dos frases, pero, por lo complicado, preferí, recordando a Cecilia, decirle:

—Sófocles.

Me miró con ojos inyectados en sangre y repitió:

—Sofolele, Sofolele. ¿Y a la Tongolele no te la enseñaron?

Arrugó teatralmente ante mis ojos, con una mano cual garra, la hoja con mi última carta, no me cupo la menor duda de que era la última.

—Te vas —dijo con voz contenida, tirando la pelota de papel al canasto.

—Mi tío —respondí—, me dijo que . . .

—Tu tío te dijo. ¿Qué te dijo tu tío? No. No te vas del diario —me miró, calculando el precio de mis zapatos, mis pantalones, mi chaqueta—. Te vas al Norte.

—Al Norte.

—Te daré espacio para una columna los domingos. Visitarás pueblitos norteños, y me mandarás crónicas, historias, mitos, leyendas, costumbres . . .

—Cartas de mi molino —dije con ojos brillantes.

—Cartas de un coño —ladró y volvió a estudiar con desconfianza mis zapatos, pantalones, chaqueta y corbata—. Siéntate —agregó—, me mandarás cincuenta crónicas a la semana.

—Cincuenta.

—Algo saldrá de ahí. Te irás en el Longitudinal, en tercera, para que entres en contacto con el pueblo . . .

Llamé a mi polola para que me pasara a buscar al diario. Quería impresionarla con mi nueva calidad de corresponsal. Mientras envolvía dos resmas de papel, Cecilia me anunció:

—Alicia, te buscan.

A su lado estaba mi polola, mirándome con los ojos muy abiertos. Luego miró al gordo mal afeitado, al que le dije:

—Gracias, Cecilia.

Entonces salió el viejo que deseaba conocer a mi polola.

—Qué bien —exclamó, mirándonos paternalmente—. Cecilia y Alicia, reconciliados.

Mi polola salió corriendo y yo detrás de ella con las resmas de papel, mientras gritaba chao, jefe, chao, Cecilia.

Al otro día tomé el Longitudinal y no paré hasta Vallenar. Dos días y una noche viajando y cavilando con el atlas del Geográfico Militar entre las rodillas. Carrizal Alto, Carrizal Bajo, Huasco Alto, Huasco Bajo. Los bajos estaban a la orilla del mar, erizos al matico, congrio, nadar, dormir en carpa, pescar . . .

Los pulpos se aferran con sus ocho tentáculos a la roca, y usted no los puede sacar ni con dinamita. Entonces hay que molestarlos así, ve, con el fierro, hasta enfurecerlos. Luego usted se remanga bien la camisa y le presenta el brazo desnudo. Ve. El pulpo le tira por lo menos seis, si no siete de sus ocho podos. Así no cuesta gran cosa separarlo de la roca. Ahora es todo suyo. En seguida le da vuelta el gorro, así y listo. Buena pesca.

Lo dejé en las rocas y me fui a preparar mi almuerzo. Comí bien. Encendí un María Macini y me senté bajo el alero de la carpa. Soplaban un vientecillo nada desagradable.

—Buenas tardes.

Insólita manera de comenzar una conversación. El viento hacía que el vestido la dibujara toda, traicionándola. “Buenas ancas” debí haber respondido, pero la miré echando el humo por entre los dientes.

Era la misma que me había gritado cuando no hice cola en la pulpería. El pulpero no le había llevado el amén, pero yo recibí los “futre desgraciado” y “la madre que me había parido”. Le sonreí, no ahora, sino en la gritería de la pulpería, y le dije: “racista”. Y ella le gritó a las demás mujeres en la cola: “dice que soy fachista”. Ahora, por supuesto, la miraba, y valía la pena. El vestido liviano y el viento hacían lo suyo.

—¿Me permite entrar a su tienda?

Moví el brazo en el clásico ademán. Adelante. Pase. Mi casa es su casa. Lo que es mío es de tuito canejo. Y entró a mi carpa. Yo me quedé afuera, sentado como estaba, terminando mi gute Zigarre, contemplando las gaviotas. Ella no salía. Aquí no se trata de ser entendido, ni de comprender, ni de captar, ni de velocidad mental, ni de saber, porque a las mujeres, ni Freud. El refocilarse con la naturaleza las incluye. Era la hora de la siesta, la hora del burro. Y el burro se levantó y entró a la tienda y corrió el paño que servía de puerta, pues la mujer estaba en ropa interior.

—¿Siempre te haces esperar?

La última parte del puro es la más sabrosa. No había prisa. Al puro sin apuro.

—Estás enojado conmigo —dijo mirando con fingido temor mi correa, y retrocediendo un pasito y llevándose las manos atrás, protegiéndose el trasero gordo.

El puro no me deja abrir la boca, de lo contrario bien abierta la tendría.

—¿No me vas a castigar? Lo merezco, debes estar furioso.

Avergonzada, se tendió sobre mi colchón de aire, boca abajo, sacándose lentamente sus calzones, flectando las piernas. La escuchaba respirar.

—Estás enojado. Tienes razón al quererme castigar —dijo, terminando de sacarse sus calzoncitos. Y sus ojos no se apartaban de mi cinturón que yo (a buen entendedor) comencé a aflojar con los ojos semicerrados para que el humo de mi puro no me los irritase. Ella ocultó la cara entre sus brazos.

—Soy una niña mala. Me he portado mal. Estás furioso.

Y se movía sobre el colchón como si algo la molestara. Le rocé las nalgas con el cinturón. Se estremeció expeliendo un anticipado ¡ay!

—Estás tan enojado que ahora me vas a pegar. ¿No es cierto? Dame. Dame, dame, dame.

Y yo le di hasta que la brasa del puro comenzó a calentarme los labios. Levanté el paño de la carpa y escupí el resto del María Macini a la arena.

—Dame hasta que te pida perdón.

Después (la perdoné, por supuesto) me dejó y yo volví a las rocas donde estaba el aprendiz de

pescador de pulpos, berreando hacía ya más de no sé cuánto tiempo. Había perdido el fierro y el pulpo no soltaba ni su brazo ni la roca, repartiendo equitativamente sus ocho tentáculos, cuatro al brazo, cuatro a la roca. Lo solté, dándole vuelta la cabeza al Tintenfisch, mientras el tipo seguía berreando agarrándolas conmigo, que lo había hecho “caer”, que era un asesino, un sádico hijo de puta, un delincuente. Lo miré un rato y volví a la carpa a dejar el pulpo.

En la noche, después de contemplar la Dâmmerung, la segunda visita. No es la misma de la siesta. Me sonrío y se sienta a mi lado.

—Maruja me dijo que viniera.

—¿Qué le pasa a Maruja?

—Nada. Aparte de que no puede sentarse.

Me sonrió e hizo amago de enterrar su frente en mi cuello.

—Sabes —me dijo—, yo la voy a vengar. Ven.

Al otro día el pueblo decidió echarlo con carpa y todo de Carrizal Bajo. Lo rodearon como los perros al tigre, dando vueltas a su alrededor, ladrando, moviendo la cola y mostrando los dientes. Gozando, seguros, pero ninguno de los perros se le tira encima. Con los pumas, el que por último, reventando de coraje, salta sobre la alimaña (el primero que salta va al sacrificio y, mientras el puma lo destroza, los otros perros destrozan al señor tigre) es el más pequeño de la jauría, el único perro chico que se lleva en la partida; sí, señor, pero que en valor los corta a todos, un fox-terrier; sí, mi amigo, el fox-terrier cariñoso y de

mal genio que a la hora de la verdad, huifa, en lo que a cojones se refiere, se evidencia como el único grande, el compadre más padre, que hecho un basilisco, dientecillos en ristre, salta, y no por detrás, no, señor, directo a las fauces y garras delanteras del puma, y no me vengan con la ley de Moraga ni con perros leoneros, que aquí el único leonero soy yo, pa fuera too er mundo. Y, como iba diciendo, igualito que con los pumas del Sur, salió de la jauría el guatón Meléndez, chico, gordo, bonachón, todo corazón e hígado, todo fox-terrier, se le lanzó encima con sus manitas como garras, una en dirección al pelo y la otra a un hombro. ¿Quería zamarrearlo? Nunca se supo, porque el futre, chueco como todo futre, le encajó un gancho en el plexo solar, que era la parte más prominente de Meléndez. Y mientras Meléndez caía sentado aleteando para que le entrara aire por la boca, yo me le tiré por atrás; perro viejo en estas leonadas, pero el futre estaba hecho de fierros delgados, pero fierros al fin; no pude echarlo hacia atrás, quedé abrazándolo por la espalda, colgando de él, que me cargó como a un saco de azúcar mientras dejaba fuera de combate a Gutiérrez, el del Correo, con una patada en la rodilla y, entonces, el cabro pelotas del Aníbal le tiró al futre el peñascazo, mansa ni que piedra, a la que el futre no le quitó el rabillo del ojo; los peñascazos se mueven lentos por el aire, y el futre, conmigo al apa, gira un cuarto de vuelta y baraja el pedazo de roca, granito con cuarzo, con lo que es mi cabeza. Ahí no más caí, mientras, como si el chancacazo no bastase,

Gutiérrez, saltando sobre la pata buena, gritaba, “le reventaron el cráneo”. Ahí quedé tendido con los ojos abiertos, sin pestañear, no por el golpe sino por la frasecita de Gutiérrez. El futre hijo de tal había roto el círculo que adoptó ahora la forma de punta de lanza, con el cabro Aníbal adelante que le gritaba: “Aníñate, aníñate”, mostrándole los puños. El que debía aniñarse, por supuesto, era el cabro Aníbal, claro que el futre no se lo decía, pero le mostraba la hoja de resorte de camión con que aflojaba los pulpos de las rocas, y que ahora empuñaba como un sable.

—Todos acá —gritó de repente Meléndez, que había recuperado el resuello.

Nos retiramos dejando al futre solo, dando la hora con su hoja de resorte. Alguien peló dos botellas de pisco. Había ya varios ojos en tinta, bocas hinchadas. El parietal me latía.

—Así no resulta —nos instruyó Meléndez, como si ya no lo supiéramos. Formábamos un apretado círculo, como los rugbistas en las películas de Ricardo Montalbán.

—Lo que hay que hacer —continuó el guatón en voz baja de conspirador, como si el futre pudiera oírnos a sesenta metros como estaba y con el ruido del mar y la algarabía de las gaviotas —es dejarnos caer todos encima de él, al unísono.

Todos asentimos. Nos miramos unos a otros diciéndonos con los ojos: “al unísono”, “al unísono, muchachos”. Y comenzamos a acercarnos al futre que, como si nada pasara, había plegado la carpa y guardaba sus peroles en el saco marinero mien-

tras fumaba uno de sus puros alemanes. Ibamos uno al lado del otro, justo lo contrario de la fila india, listos para cerrar el círculo. Nos vio, nos miró y, como fastidiado, sin erguirse por completo, cogió el susodicho de resorte de camión. Como un tenista esperando el saque del contendor. Nos detuvimos a tres metros de él, es decir del fierro, que era lo que daba la tónica ahí.

—Te vamos a capar a uña —le espetó Sandoval, el marido de la Maruja.

—Te vamos a destripar y matar a patadas —le grité. El parietal todavía me latía.

—Te vamos a dejar ahí mismo, para que te coman las jaibas.

El futre sostenía el puro entre los dientes y seguía medio agachado, moviendo el culo como un tenista alerta.

Nos callamos. Nos dimos codazos unos a otro de derecha a izquierda para decirnos: “alerta”. Los codazos fueron por toda la fila y volvieron, ahora de izquierda a derecha: “alerta estamos”.

—Ahora —bramó Meléndez. Y nos tiramos, como quien se tira a la piscina, sobre el futre. El grito del cabro Aníbal de “al unísono” se perdió en el barullo.

Debe de haberse deslizado por entre las patas de alicates del Gutiérrez, porque cuando se deshizo el montón humano, la pila viviente que formamos donde nos fundimos transformados en un monstruo de ciencia-ficción, en un hervidero informe de patas y brazos que gritaba con voces y tonos diferentes: “lo tengo”, “guarda conmigo”, “sáquenme”, “no

me hagan cosquillas”, “me reventaron”, “me está quemando con el puro”, “quítenle el fierro que me está matando”, “me están pateando las huevas”, “me asfixio”, “suéltenme el miembro”, “lo tengo, lo tengo”, “¿quién se cagó?”, el futre, nada por aquí nada por allá.

—Acá todos —rugió Meléndez con los labios hinchados y sangrando de una oreja. Volvimos, unos cojeando, otros sobándose, a formar el círculo apretado de rugbistas.

—Vamos a echarlo al agua para que se ahogue. Pásenme el pisco.

Después de vaciarse el último concho del Control, cogió la botella por la punta y la esgrimió sonriéndonos inteligentemente.

—¿Dónde está?

—Allá —gritó Aníbal, mostrando la silueta que se veía semejante a esas figuras de papel negro que se recortan y se pegan sobre papel blanco, caminando lentamente alumbrada por la luna.

—Se nos va —dijo Gutiérrez cansado, insinuando que ya estaba bueno. Se había enrollado un pañuelo a la altura de la rodilla, también le sangraba la nariz.

—¿Somos o no somos? —bramó Meléndez, medio afónico ya.

—Somos.

—Claro que somos.

Estábamos decididos a todo.

—Entonces —chilló Meléndez, los ojos encendidos y el rostro contraído por la energía, la decisión y el coraje—, a la carga, mis leones.

Corrimos gritando, como en la película “Los bravos de Meléndez”. Fue una carga heroica, cojeando, cayéndose y volviéndose a levantar, sangrando, vendados, apoyándose unos con otros, los rostros llenos de esparadrapos, la ropa hecha jirones, iluminados por la luna, de los locos hermosos, de los todo corazón. Claro que por acortar camino nos olvidamos del pantano, y ya llevábamos como veinte metros con el agua hasta las rodillas, los zapatos muy atrás tragados por el barro, cuando nos dimos cuenta. Gutiérrez se rió. Y Meléndez rugió: “retirada, carajo”.

Estimado Alicia: El jefe recibió tus escritos, y si no le dio hemiplejía es porque ya no le va a dar. Mira, cabrito, ¿quién te crees? ¿James Joyce? ¿El Caballero Audaz? ¿William Faulkner? El viejo dijo que prefería no pedir más prestado al banco de tu tío y quebrar antes de pasar semejantes rabias. El no te va a escribir, me pidió hacerlo en su nombre. Te da la última oportunidad. Yo, el último consejo, que soy famoso por ellos, agárrate de los clásicos, es lo que le gusta al pueblo, lo que llega. Reléete a Sófocles, a Gerhard Hauptmann, a Corneille, y, por favor, deja los cambios de perspectiva. Tu colega, Cecilia. P. D. Y no metas palabras en inglés que la gallada no las entiende.

Claro, a Gerhard Hauptmann en Carrizal Bajo. ¿En cuál de todas las bibliotecas y librerías de Huasco Alto, Bajo e intermedio? Y ¿por qué no releer a Goethe también?

Un día llegaron las ratas a Carrizal. Venían bajando los cerros junto con la camanchaca. Al

cuarto día, Juan, un buen hombre que trabajaba en un taller, salió del mismo gritando incoherencias y con la rojiza baba espumosa de la rabia gotéandole los humildes zapatos. Mordió a ocho hombres antes de poder ser reducido con una llave inglesa de medio metro. Pero quedaron los otros ocho que se lanzaron a morder, como quien da abrazos de Año Nuevo, con esos dientes del norteño que fortifica el consumo de las peras. “Son las ratas las contagiadas”, gritó la vieja regente de la casa de remolienda (una antigua y famosa prostituta santiaguina, llamada en sus tiempos la puta Seven). Ratas hidrófobas. Con cada camanchaca venían más oleadas, pero éstas, mal que bien, se podían eludir, eran los humanos mordidos por humanos los que se lanzaban contra el prójimo más próximo. La progresión era geométrica. Solamente un joven, un periodista de noble apellido alemán, logró dejar el pueblo asolado, aunque fue perseguido dos kilómetros por los carrizalinos babeantes y gesticulantes, y cuatro por los roedores. Llegó sin aliento a Vallenar, donde, antes de caer sin sentido, alcanzó a musitar en brazos del alcalde: “Carrizal, las ratas, se están ma . . . tan . . . do”.

Partieron en el acto las cuatro ambulancias, las tres radiopatrulleras con contingente completo, los bomberos y ocho camiones con voluntarios armados de palos, horquetas, azadones y picotas mineras.

No fue necesario.

Cuando llegaron, un insoportable hedor hirió sus pituitarias. Estaban todos muertos. Unos con el cráneo hundido, otros acribillados a balazos, acuchi-

llados, había degollados, cosidos a puñaladas, dinamitados, perforados a metralleta, despedazados a peñascazos, muertos, muertos todos.

Los médicos, consternados, examinaban cadáver tras cadáver, rata tras rata, hombre tras hombre, ninguno, ninguno presentaba síntomas de hidrofo-bia. Ni siquiera Juan, el bueno del taller, que al momento en que le quebraron la crisma, según el doctor, acusaba síntomas de embriaguez a causa de una sobreingestión de vino tinto. Lentamente las ratas se fueron de Carrizal con la llegada de la próxima camanchaca.

Y tomé el tren de vuelta. Estaba despellejado, en carne viva, de tanto asolearme panza arriba en las playas de Huasco, Caldera y Carrizal. Además, debía repasar a los clásicos. Los pueblitos no da-ban para más.

De la estación Mapocho me fui caminando len-tamente con mi maletita a la redacción que estaba en el centro. Y, entonces, comenzó la balacera. Con tanques y todo. Como quien juega a los pistoleros o a la guerra. Metralletas, granadas, bazookas. Era volver a la infancia, pero con más torpeza y sin gracia alguna, pues los que caían muertos no se volvían a levantar más. Aviones descendiendo en picada. Civiles disparaban contra civiles, unifor-mados contra civiles, uniformados contra unifor-mados. Y yo con mi maletita, que me registraran. Pegado a la pared, mientras las balas pasaban sil-bando por mis orejas, llegué al diario. El quiosco de la esquina, que era atendido por una gorda campechana, estaba desintegrado, convertido en un

grotesco montón de tablas, restos humanos y diarios empapados de sangre. Frente a la redacción, tres tanques. Por la ventana de la oficina del jefe salía una humareda blanca de papel quemado. Con los brazos en alto aparecieron mis viejos colegas. Cecilia y el jefe entre ellos. Mi jefe me reconoció y sonriendo me gritó: “Esta vez, sí. Caballa tu crónica, cabro, pero vai a tener que mandarla a “El Mercurio”.”

KNOCK OUT

Le tiritaban un poco los labios antes de comenzar a modular las palabras. Luego éstas salían con suavidad, casi susurrando, mientras sus ojos azules me observaban curiosos. ¿Qué hacía un chileno en Maracaibo? Que por qué hablaba tan bien. Pero después llegó más gente a la reunión y me dejó por algo más interesante. Pedro, por su lado, galanteaba a la muchacha que servía el champaña. El jefe miró con aprobación mi camisa de popelina inglesa

—Pero corbata, no ¿eh? —me dijo.

—Ah, no. Eso no —Su idiotez llegaba a lo patético.

Se le acercó un sacerdote de ojos brillantes. El jefe me presentó diciéndole: “Nuestro corrector de pruebas, reportero, corresponsal, editorialista, etc”. Pero el sacerdote buscaba con sus ojillos la bandeja de los canapés de caviar. Partió para la izquierda, y el jefe para la derecha. Quedé solo. Sin duda debía consultar a mi dentista o cambiar de desodorante. Ese señor necesita desodorante Mum. ¿Quiere ganar amigos? ¿Ser un triunfador? ¿Ser Míster Exito? Use productos Williams.

El peor momento fue cuando salí del camarín. Ese trayecto entre el camarín y el ring por ese pasillo entre los curiosos y divertidos espectadores que fumaban, mascaban chicle y comían rositas de maíz. Uno de ellos, que me pareció ser un viejo discípulo del San Agustín (imposible, por supuesto), me clavó sus ojos intrigados, interrogantes, sin comprender.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Eso es lo que yo quisiera saber.

—Vámonos —me dijo Pedro, dejando su copa vacía sobre la bandeja.

Y, entonces, la muchacha de los ojos azules se abrió paso, apurada, hacia nosotros.

—¿Ya se van? —preguntó, aliviada por habernos podido alcanzar.

Sin duda no era el tipo de Pedro, que afectó sentirse mal y se despidió. Una vez en la calle, a pleno sol, casi lo envidié. Ella me propuso entrar a un cine. Estábamos en el centro. Un horno con olor a perfume, sudor y orina. Entramos a ciegas en la sala. Sin saber qué exhibían. ¡Qué película! Amoríos en los mejores círculos de México. Divorcio con Cadillac y pistola automática. Ambientada en palacios de mármol. Todo en traje de noche. Un desastre. A la salida tomamos una cerveza y quedamos bañados en sudor. Mareados de calor esperamos un taxi entre hedores y agresivos aborígenes. La esquina más próxima estaba siendo usada como toilette. Un muchacho vendía café, armado de dos termos. Sólo forrado en café se podía continuar. Tenía palpitaciones, seguramente el calor y el café

o el exceso de Philips Morris. La tarde caía sobre Maracaibo y en el cielo los relámpagos descomponían los colores. Lo único que quería era volver a la retaguardia, a mi departamento, a la ducha y a conversar con Pedro sobre música, sentados en calzoncillos al lado del ventilador, hinchándonos de cerveza Zulia. La joven así lo notó. Arrugando su nariz hizo detenerse a un taxi. Ya, me dije, aquí me la saco de encima. Subió dejando la puerta abierta y se corrió al extremo izquierdo mirándome como asombrada porque no me subía. Me subí y cerré la puerta de un portazo.

—Coño —me dijo el chofer dándose vuelta con ojos centelleantes—, se te quedó abierta la puerta.

Ella me sonrió con complicidad.

—Perdona, coño —le dije—, es que ya no podemos más de calor. Toma un Philips Morris.

—Bueno, pues.

Estábamos absueltos. Ella le dio su dirección en la Avenida Barralt. Pagué los tres bolívares de marras. Nos bajamos y cerré tan suavemente la puerta que no quedó del todo cerrada. Es imposible regular el envión para cerrar las puertas de todos los autos de diferentes marcas y cerraduras, aceitadas unas más que otras.

—Bien —le dije entre el sol y el pavimento ardiente—, te dejo.

Estábamos frente al edificio donde se encontraba su departamento en el octavo piso. Calle que hubiese sido agradable de ver con sus jardines, árboles y construcciones modernas, pero no a esa temperatura.

—Ven —me dijo infantil.

—No. Creo que me voy a casa.

Y entonces acercó su rostro al mío, su boca a mi oreja hasta rozármela y musitó “ven” como suspirando, echándome su aliento en la oreja. Sorprendido busqué sus ojos, pero ya caminaba rumbo a la escalera.

Me dejó en la salita diciendo que ella se iba a duchar primero. Pon un disco. Conecta el aire acondicionado. Una sonrisa en sus labios perlados de sudor y desapareció en su dormitorio. Volvió con otro vestido, fresca, el pelo ligeramente mojado. Ahora me tocaba a mí. Me di una ducha refrigerante, rejuvenecedora, de triunfador. Claro que yo no tenía otra ropa que mi sudada camisa y ajados pantalones.

Sonó la campana. Y mientras retrocedió dando saltitos y con el brazo izquierdo estirado, el guatón Espinoza comenzó a gritar. Juégatela, juégatela, no le tengas miedo, tira la derecha, piérdele el respeto, jab de izquierda, mete la derecha, juégatela, piérdele el respeto, piérdele el respeto.

Me sequé con una enorme toalla rosada. Me coloqué los slips, tomé la camisa empañada en sudor y la volví a tirar al suelo. Así, en slips, como Tarzán, entré al dormitorio. Juégatela. El aire acondicionado hacía lo suyo. Ahí se podía vivir. Crucé la pieza de la muchacha y entré a la salita donde ella preparaba un trago ofreciéndome su espalda. No me vio ni escuchó. Del tocadiscos salía la voz de uno de esos gringos con voz de borracho.

—Aquí se puede vivir —dije para anunciarme.

Cuando golpearon a la puerta ella dormía profundamente. Yo me sentía tan bien que, sin vestigio de sueño, me deleitaba con el ruido lejano de los autos, mirando su cuerpo semicubierto por la sábana fresca, estirándome sobre ese colchón norteamericano

Golpearon por segunda vez. Ella se despertó y me abrazó acurrucándose. A la tercera secuencia de golpes se sentó en la cama. Vio como yo observaba sus senos y sonrió. Se llevó el índice a la boca. Silencio. Pero encendió la lámpara del velador. “No”, articulé sin emitir sonido alguno. La apagó de inmediato. Demasiado tarde. Por debajo de la puerta se debió filtrar la luz delatora. El discreto golpear se transformó en una lluvia de puñetazos y patadas acompañadas de mugidos contenidos.

—¿Quién es? —musité.

—Qué más da.

Saltó de la cama cubriéndose con la sábana, prendió la luz, y mientras aquel pelotas golpeaba me sonrió agresiva y comenzó a bailar obscenamente, cubriéndose y descubriéndose con la sábana sus muslos, sus caderas, sus pechos. La puerta amenazaba con desintegrarse. Patadas, órdenes guturales y puñetazos se sucedían; al ritmo de éstos se movía mi bailarina. A cada patada se descubría el sexo y me lo presentaba curvándose hacia atrás. Hasta que todo ruido cesó. Ella apagó la luz y volvió, gatuna, meneándose, a la cama.

Después de abrazarnos cayó profundamente dormida. ¡Dios la guarde! Yo, tendido de espaldas,

volví a gozar de la quietud y el relajamiento de la carne agradecida. (Menos mal que estaba tendido). Como un gorila de película de horror apareció por el lado exterior de la ventana una figura inclinada hacia nosotros, con las piernas separadas y los brazos abiertos hacia arriba. (¡Compadre!). Quedé paralizado, conteniendo la respiración. Se movía lentamente, con dificultad, avanzando de lado. ¿Hacia la cerradura? La ventana se abría hacia adentro a juzgar por la españoleta. Al lado de afuera había unos maceteros con plantas a los cuales se acercaba la figura. Debía tener la cara pegada al vidrio, tratando de ver en la penumbra del cuarto. A pesar del aire acondicionado comencé a sudar. Tocó con la pierna el primer macetero. Apartó rápidamente la cabeza de la ventana y luego, lentamente, el tronco y la cintura, y desapareció. Ocho pisos, coño, ¡ocho pisos! Arrastró, a juzgar por el estrépito, cuanto macetero y tarro con plantas había en las ventanas inferiores.

Ella dormía plácidamente. Fui al baño, desnudo como un gusano, a buscar mi ropa. Me vestí con fatiga, tratando de pensar en algo, pero los nervios, la tensión me lo impedían. Tiritando abroché mis zapatos. Me lavé la cara, las manos. Como un sonámbulo cogí su cepillo de dientes, le puse pasta y comencé a cepillarme los dientes sin saber lo que estaba haciendo. Atravesé el dormitorio sin mirar la cama. Abandoné el departamento y me paré frente a los ascensores. Los tres estaban abajo, inmóviles. Presioné el primer botón. Una vibración suave. Segundo, tercero, cuarto, el ascensor llegó al octavo

piso y sus puertas se abrieron como una trampa. Me metí. P. B. Me parecía que hacía un estrépito enorme. Afuera el calor húmedo. Nadie en las calles. No mirar. Seguir. Piérdele el respeto.

Llegué a las cinco de la mañana al departamento de una pieza que arrendábamos con Pedro. Este dormía sobre las tablas del catre. A mí, como siempre, me esperaba el colchón de espuma sobre las baldosas. Me tendí con un suspiro que más parecía estertor. Sentí una explosión de luces como cuando me noquearon en Barquisimeto y me quedé dormido.

A las siete me despertó Pedro. El teléfono sonaba como en las películas de monos animados, saltando y bailoteando. Mi colega se afeitaba cantando "Una furtiva lacrima" y me remecía con un pie.

—Otro día, coño —me dijo.

—¿Pusiste la cafetera?

Comencé a desabotonarme la camisa. Me metí a la ducha sin sacarme los calcetines. A través del ruido del agua escuché a Pedro contestar el teléfono en forma tan amable que me dio mala espina. Me sentía como en el séptimo round cuando el público rugía para que mi contendor me rematara, y yo sonreía porque creía que estaba ganando.

Después del tazón de café negro partimos a la redacción.

—¿Llamó a las siete de la mañana? —pregunté incrédulo.

—La madre si no.

—Coño. Qué vaina.

Como mis colegas no sabían diferenciar entre un lexema y un semantema, era yo el encargado de seleccionar las noticias de “El Nacional”, que llegaba al alba de Caracas, transformar los titulares, alterar un poco la sintaxis, preparándolas así para nuestro diario que, por supuesto, salía en la tarde.

No bien entramos, el jefe me clavó los ojos.

—Chileno, vos que sabés redactar, acaban de matar a un abogado.

—¡Un abogado!

—Coño, sí, un abogado, pues. En los departamentos Malibú de la Avenida Barralt. Hablá con todos los vecinos. Con todos, y te hacés tu historia con diálogos y todo eso, como vos sabés.

El público rugía sediento de sangre. El sudor me irritaba los ojos. No sabía si el que estaba peleando era yo o si estaba mirando pelear a otro.

—¿Me entendiste, chileno?

—¿Pue . . . puedo llevar la grabadora?

—La grabadora te la llevas tú, Pedro. A ver si le sonsacás algo a la policía o a los de la morgue. Hora, causa, motivo, vos sabés. A los dos los quiero aquí antes de las diez.

Nos lanzamos a la calle presa de excitaciones bastante diferentes. Pedro me cedió el primer carro.

—¿Adónde, campeón? —me preguntó el chofer.

—Llévame a la Barralt, pues.

—Bueno, pues.

Me quedé dormido en el auto y soñé que estaba tendido en la arena de La Herradura, en Coquimbo, mirando las piernas de las rubias y morenas.

Cuando abrí los ojos, el auto estaba detenido. El chofer tomaba cafecito frente a una chocita conversando tranquilamente con el guajiro.

—Coño —pegué el grito—, estoy apurado.

Se sentó parsimoniosamente tras el volante, echó a andar el motor y me dijo:

—De a poco.

—Avenida Barralt. Edificio Malibú. Y no joda.

Todavía no se lo llevaban. El lugar estaba acordonado. Los curiosos, mujeres en su mayoría, comentaban y reían como si se tratase de una película de Cantinflas. Me aproximé al policía más negro. Mientras más negro más derecho. Le mostré mi identificación.

—Siga —me dijo.

Levanté una pierna para pasar el cordel, como quien sube al ring. Estaba comenzando a hacer calor. Pasé al otro lado y le mostré el sol naciente al policía.

—Viene bravo —le dije.

—Cooooño —me contestó.

—¿Qué pasó?

—No sé muy bien. Un señor de sexo masculino se mató.

—¿Se mató?

—Y bien muerto está. Se tiró del octavo. Acérquese, el juez está ahí.

El cadáver estaba cubierto con diarios. “El Nacional” y nuestro “Panorama del Zulia”. Me sentía como movido por los hilos que manejan los títeres. Sueño, dolor de cabeza, malestar en el estómago, ca-

lor, las manos y los dedos se me movían solos como si tocaran un arpa invisible.

—¿Y qué carajo hace ese tercio aquí? —preguntó el más viejo, mirándome con ojos de vidrio. Sin duda, el juez. Uno de los policías de civil se me acercó desafiante.

—¿Qué hacés aquí vos, coño?

—Soy del “Panorama del Zulia”.

—Echen a ese carajo de aquí —gritó el juez.

Entre dos me tomaron por las axilas y así, en vilo, me llevaron al otro lado del cordón, justo por donde había entrado. En vilo, tal como me sacaron del ring y me llevaron a los camarines, mientras el guatón Espinoza me trataba de convencer de que con lo que había aprendido en esa pelea iba a llegar a no sé donde mierda.

—Y vos no me dejés entrar a vagabundos, oíste —le lanzaron al policía que me había permitido pasar. Me quedé al lado de éste, porque quería son-sacarle algo más.

—Viene caliente —le dije mostrándole el sol que realmente prometía hacernos reventar a todos.

—Coño, huevón —me dijo fastidiado sacándose la gorra y pasándose la manaza sucia por entre sus crenchas—, preocupate vos de tus vainas, y a mí déjame tranquilo con las mías, no joda.

Entonces un grupo de gordas que no me quitaba el ojo, en verdad, todos me miraban, comenzó un cuchicheo que fue aumentando hasta que la más decidida, una con un pañuelo que le cubría los bigudíes, se acercó a paso de ganso, como un sar-

gento de la Wehrmacht, a uno de los policías melendados que sostenían el cordón.

Me acordé de la historia que conté en el diario a propósito de uno que acuchilló a otro en una riña en las fiestas del cinco de julio. Yo escribí que el homicida con las manos ensangrentadas había gritado a los que lo rodeaban: “déjenme pasar, hermanos, que me he desgraciado”.

—Me hacen falta un café y una aspirina.

—Bueno —me dijo el policía—, yo no te lo puedo comprar.

El otro policía, acompañado de la gorda del pañuelo, se dirigió al mío.

—La señora aquí dice que el señor aquí estuvo enredado anoche con el difunto.

—El señor aquí —le respondió mi policía, mientras yo sacaba mi identificación— es autoridad. Es periodista del “Panorama del Zulia”.

Era la mía, groggy y todo, pelé el block y la estilográfica. Cubriendo la noticia.

—Señora, buenos días, ¿a qué hora se enteraron de la tragedia?

Y la señora comenzó un discurso de palabras y sonidos inarticulados que al parecer el policía estaba en condiciones de seguir, pero yo no entendí una sola palabra. Claro que tomaba notas arrugando la frente. Cuando terminó o se detuvo para tomar aliento, le pregunté:

—¿Su nombre, señora, por favor?

Antes de tomar el taxi de vuelta, me mandé tres cafés hervidos y astringentes al cuerpo que me pusieron los ojos como lechuza.

—¿Llegó Pedro? —le pregunté en voz baja a la secretaria para que no escuchara el jefe.

—No —gritó—, pero el jefe los espera. Siga.

Casi le digo que un día de estos la iba a matar, pero no estaba para chistes. Las palabras me hubieran salido tan secas que ella las habría tomado literalmente.

Me dejé caer en el sillón Chesterfield de la secretaria. Si alguna vez iba a tener una casa me compraría un sillón de esos. Lo mejor era no pensar. No sentir. Sentir sólo lo que siente el cuerpo. De otro modo no se puede vivir. Desde la Edad Media que el hombre está inventándose sentimientos y otras vainas. El cuerpo lo es todo.

Entró Pedro. Me miró fijamente todo un rato. Sin moverme de mi cómoda posición le informé:

—El jefe nos quiere a las diez. Faltan veinte. Vamos a tomar un café.

Caminamos en silencio hasta la esquina. Cubiertos de sudor. El pavimento ardía.

—Dos cofis —pidió mi colega en la chocita.

—¿Calor? —preguntó el vendedor.

—Coooño —contestó Pedro.

Nos volvimos, sorbiendo lentamente.

—¿Y? —demandé con desgano.

—Accidente. No tenía llave. La mujer no lo escuchó o no quiso dejarlo entrar. Trató de hacerlo por la ventana. ¿Y tú?

—Lo mismo. Todo claro.

—Pero tienes que escribir la historia. La mujer está detenida. Y la crónica tiene que aparecer hoy.

—Sólo Dios sabe la verdad. ¿Accidente? ¿Suicidio? ¿Homicidio? ¿Defendió ella su virginidad? De haber sido así, ningún juez con pantalones la condenaría. La noche era oscura. La ciudad dormía, pero los reclamos del sexo mantenían despierto a. . .

—Ya. Bueno. No sigas. Me basta con este petróleo —me interrumpió Pedro terminando su café.

Cabeceando, a pesar del café y los Philips Morris, escribí la historia. Le puse hasta un par de versos de García Lorca.

El público estaba de pie como un solo animal gesticulante y gritante. Después me acordaría de que en ese instante el guatón Espinoza me gritaba: “Quítale el cuerpo, toma la bicicleta, levanta la izquierda, quítale el cuerpo, quítale el cuerpo”. Lo que siguió fueron explosiones de luces, fuegos artificiales, mareo, ganas de vomitar, la lona que se levantaba y se me venía encima. Knock-out. “Nocaut, nocaut”, gritaba el coro. Gané, gané, pensaba yo. Siete, decía el árbitro, ocho, nueve y out.

LA REDUCCION

JUAN: —Vamos a tener reducción —me comunicó el jefe—. Ni que decir que el primero de la lista eres tú.

—¿Yo?

Leí en sus elocuentes ojos. Nunca había tenido un colaborador peor. Jamás en su vida, tenía cerca de sesenta años, había visto a un ser más reñido con aquello que se llamaba periodismo. Yo no servía para nada. Estaba ahí por caridad. Dando botes. Escribiendo sandeces. Las escuelas de periodismo eran una bufonada, un fracaso, un pasatiempo para niñitos y niñitas bien que después se las daban de genio inventando entrevistas a pelotas, sí, a pelotas. Los periodistas o nacen o los hace la vida. ¡Qué sabía yo de la vida! Nada. Y en cuanto a nacer, no me habían parido sino cagado.

—Cumpló con avisarte, hijo.

En la sala de redacción me miraron expectantes. Se formó una rueda de colegas a mi alrededor.

—¿Y?

—Bueno —dije con pesadumbre—, me pidió que lo asesorara en la confección de la lista del personal por exonerar.

—¿Y?

—Me juramentó. No puedo decirles una palabra. Lo siento.

El panorama era desolador. Tenía a mi cargo una nueva sección del suplemento dominical. En el último número había formulado diez complicadas preguntas de cultura general, ofreciendo una suscripción por un año a todos los que acertaran, sin sorteo, bastaba responder correctamente. Nadie había respondido, y yo no sabía las respuestas.

Desde su escritorio, Morin, el favorito del jefe, me miraba con una sonrisa cínica. El era uno de esos periodistas sin título, la universidad de la vida, un francés avecindado ya más de veinte años, un labriego bretón inculto, sucio, bajo, que matizaba las noticias policiales con un tono y vocabulario “que llegaba”, al gusto del hampa y al de los reos de la cárcel. Después de todo, éramos el diario del pueblo, si por pueblo entendemos el lumpen.

Dando un portazo se nos presentó el jefe.

—¡A ver! —gritó—. Silencio. Quiero decirles algo. A partir de este momento me van a cuidar un poco más el lenguaje. ¿Me entienden? No quiero palabrotas ni estilo coloquial exagerado. ¿Está claro? Este diario no es una letrina.

Terminada su filípica, pasó por entre los escritorios, se detuvo al pasar por mi lado y me propinó una amistosa palmada en la espalda, sin duda para consolarme de mi próximo despido, pero que fue interpretada justamente al revés, aquello era una muestra de confianza, de amistad, de complicidad. La sonrisa de Morin sufrió toda una metamorfo-

sis; no bien salió el jefe, comenzó a reírse nerviosamente. Nadie le hizo coro.

Las diez preguntas las había copiado de un "Leoplán" de los años cuarenta que había encontrado en casa de una tía. No tenía el número siguiente con las respuestas. Esto podría haberlo previsto a tiempo, pero me había dejado llevar por el entusiasmo; además esperaba que alguien en Chile respondiende. Podría colocar un aviso económico en otro diario ofreciendo una suma astronómica por "Leoplanes de los años cuarenta"; si alguien los tuviese, iría a verlo, hojearía las revistas, copiaría las respuestas, y explicaría que se habían equivocado en el aviso, que lo que yo deseaba eran los "Leoplanes" de la década del veinte o del treinta. No era mala la idea. Me dirigí a "El Mercurio", donde puse el aviso.

En la tarde fui a pasear con Raquel a los cerros. No era la primera vez que el mundo se me venía encima; no obstante, sentía mi vida profesional amenazada de muerte. De los catorce diarios quedaban tres, y en éstos había reducción de personal. Raquel caminaba respetando mi silencio. Me vio patear una piedra y se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Otro lío.

—¿Volviste a redactar un titular?

Se refería a una vez que faltando que llenar un espacio en la primera plana, el jefe me encargó hacerlo. Yo había puesto en letras rojas: "El pueblo dice: ¡basta!", pero sin otro informe al respecto ni en esa ni en ninguna de las otras páginas de la

edición. Me parecía que era suficiente con el titular, ya que vivíamos una época (en el fondo, como todas) donde proliferaba todo tipo de excesos, fraudes, inflación, negociados, etc. Al otro día el jefe pareció volverse loco. Temí que reventara como un camaleón.

Al día siguiente en la noche encontré un mensaje en casa. Un señor había telefonado. Tenía los "Leoplanes". Partí hecho una bala. Me encontré ante un palacio que me amedrentó. Pulsé el timbre. Una voz salió de la pared. Como estaba oscuro no vi el micrófono, así es que grité que venía por los "Leoplanes". La puerta se abrió y me encontré ante un jardín con fuentes iluminadas. Entré mirando a derecha e izquierda por si aparecían los dobermans. La puerta de casa parecía la entrada de un cine. Un caballero canoso me esperaba sonriendo. Me hizo pasar a un salón donde mis zapatos y mis tobillos desaparecieron en la alfombra. Me indicó un sillón de terciopelo y fue como sentarse en las nubes. Me trajeron un vaso de whisky, que acepté con una sonrisa estúpida. El mayordomo abrió ante mis narices una caja de habanos gigantes. Cogí uno, me lo sacó con suavidad de mis dedos y lo perforó para luego devolvérmelo. Sorbí un poco de whisky. Vi la llama del fósforo, encendí el habano. Para sofocar el ataque de tos volví a beber. El mozo vertió otro chorro sobre el hielo de mi vaso, y se alejó unos metros, manteniéndose a prudente distancia para ayudarnos en lo que fuese menester. A través del humo vi los dientes del dueño de casa. Suavemente moduló la palabra: "bien". Le correspondí la son-

risa e ingerí otra porción de whisky. Chupé prudentemente del puro. Los ojos del mayordomo estaban atentos a la brasa del cigarro, listo para reencenderlo. Comencé a transpirar. Sobre una mesa adosada a la pared, una mesa llena de escudos, bronce y mármoles, yacían doce gruesos tomos empastados lujosamente. Sin duda toda la década del cuarenta en lo que a “Leoplanes” se refiere.

—Veo que los tiene —dije, tratando de imitar su modo afable y melodioso.

El esperó que terminara el segundo ataque de tos que me produjo el chupón desesperado que le di al puro. Trataba de aspirar valor, aplomo, imaginación, etc. Y me respondió con su voz sedante:

—Usted ofrece cuarenta.

Lo que yo ofrecía eran cuarenta mil pesos, cantidad como para comprarse un auto.

—Así es —dije indiferente, levantando el vaso mientras el mozo lo volvía a llenar. Luego agregué:

—¿Puedo verlos?

—Por favor.

Me levanté. Casi me fui de bruces. Estaba mareadísimo. Caminé lo más solemnemente que pude hacia la mesa de arrimo. Estiré el meñique de la mano con que sostenía el vaso y, negligentemente, di vuelta la portada del primer tomo. “Qué Dios me asista”, pensé. Llené mis pulmones de aire y muy pausadamente, con voz profunda, sentencié:

—Creo que aquí hay un error —vacíé el vaso porque estaba tiritando, además lo necesitaba. Volví a mi asiento y me hundí en él. Me coloqué el

habano en la boca. Los ojos comenzaron a lagrimearme.

—¿Un error? —su sonrisa era fantástica.

—Mm —dije, sacándome el puro—. Lo que yo necesitaba es la colección de los años cincuenta.

Volví a introducirme el enorme cigarro a la boca, sentía que éste y su humo me aislaban.

—Eso es muy difícil —dijo con esa calma y suavidad que deben obtenerse después de años de fumar esos puros.

—Ya lo creo —estaba feliz, había temido que la tuviese.

—Porque esa revista salió sólo hasta el año cuarenta y nueve —me explicó con dulzura.

El mozo se acercó y sustrajo el vaso ya sin licor de mi mano. “Ahora me van a quitar el puro”, pensé. Pero no fue así. Recordé el acto final de “Ifigenia en Auride”, de Goethe, donde la muchacha ésta soluciona el conflicto contando toda la verdad al rey Thoas. Así lo hice. Le confesé lo del diario, lo del concurso, del “Leoplán” de mi tía, lo de la artimaña para conseguir la revista con las respuestas. Faltó que me pusiera a llorar. Me contempló pensativo. A los cinco minutos reflexionó en voz alta:

—Estas cosas suceden solamente en Chile.

—Solamente —asentí. De aquí en adelante tenía que estar de acuerdo en todo.

El mozo cogió mi puro, sacudió su ceniza en un fenomenal cenicero y lo volvió a poner suavemente entre mis dedos. Lo único que faltaba era que me sonaran las narices.

—Bueno —suspiró el caballero, movió su mano hacia los tomos—, están a su disposición. Raúl —le dijo al mozo—, tráele papel y pluma al señor.

Acto seguido, se levantó.

—Usted me va a perdonar, pero tengo otras cosas. . .

En vista que no me ponía de pie, caminó hasta mi sillón y me ofreció su mano. Yo no me podía parar. Sentía el trasero de plomo. En ese instante pensé que si éstos son los oligarcas que dominan al país, es porque se lo merecen.

Tomé un taxi de vuelta a casa. La chacota con el chofer duró hasta que me bajé y vi a mis colegas del diario esperándome frente a la puerta de mi casa. Se me fueron encima hablando todos al mismo tiempo de la reducción. Yo era el más nuevo, que no podía manipular sus destinos, que había que hacer una reunión ampliada, establecer criterios para echar a la gente y criterios para no echarla, en fin, pero al hablar Morin todos se callaron, como siempre sucede cuando habla un sicópata.

—Yo lo único que te digo es que si me ponen a mí en la lista de los exonerados, te mataré —lo dijo tratando de aparentar calma, pero traicionado por la voz de pito.

Los contemplé con la misma sonrisa del viejo de los puros. Con su misma voz cálida, mundana, les dije moviendo la cabeza:

—Estas cosas suceden solamente en Chile. Bien. Estoy a su disposición. Díganme, cuéntenme.

Se quedaron de una pieza, hasta que Clarisa gritó saliendo de su anonadamiento:

—Qué te has creído, hijo de la gran puta. ¿A quién le vienes a hablar con ese tono?

—¿Por qué no pasan a tomar un café y fumar un puro conmigo? —demandé con la misma voz tranquila y melodiosa.

—Métete tus puros por donde te quepan —gritó uno.

—Por el culo —precisó Gloria.

—Entonces —dije pronunciando bien las “eses” finales—, tengo otras cosas . . .

Mientras abría la puerta del jardín temí que me agrediesen. Morin estaba sofocado, vacilando entre sonreír o gritarme algo en bretón.

Al otro día las caras estaban tensas en la sala de redacción. Fui al baño seguido por Oscar. Me explicó que no compartía las intenciones del grupo que me había esperado ayer en casa aunque había formado parte de él.

—¿Te llevaron engañado?

—Sí, sí —dijo el pobre Oscar—, me llevaron engañado.

Gacitúa: Morin nos invitó a todos a su departamento. Allí discutiríamos el asunto comiendo canapés, pizza y tomando pisco sour, whisky, etc.

Morin: Tomé Dimetoato, Shelltox, aceite sistémico, Zelio, yeso, mercurio cromo, Masacrón, Racumin, soda cáustica, cicuta, Talvox, Tanax, Flit, polvos de Persia, Varsol, licor de Fauler. Con todo hice una pasta que revolví en una olla de greda. Un chorrito de cherry y otro de 4711 le dieron el bouquet. Extendí la pasta sobre la masa de las pizzas,

las cubrí de queso suizo, sobre éste unas anchoas formando estrellas. Al horno.

Los esperé bebiendo agüita mineral porque soy delicado del hígado.

Gloria: Nos juntamos en la puerta para entrar todos juntos.

Oscar: Los que no teníamos silla nos sentamos en el suelo.

Morin: Primero les serví una rueda de rabanitos franceses salados y picantes como para embotar las papilas gustatorias de un gourmet al punto de no distinguir entre cerveza y meado de burro.

Juan: Debo confesar que nos sirvió unos sandwiches exquisitos.

Morin: Se pasaban la lengua por los labios para no perderse ni un átomo de mierda con mostaza y limón. Les dije: "Primero comamos hasta hartarnos. Con la panza llena se discute con menos odiosidad". Se devoraron las pizzas. La sed que les produjo la acallaron con varias tandas de "whisky and orina" y de "pisco and DDT", encontrándoles un sabor exótico.

Gacitúa: El trago era abundante y bien helado. Tal como me gusta.

Oscar: Sentí que tenía un gato hidrófobo en el estómago. Algo me había caído mal.

Juan: La náusea me vino de súbito. Miré a Clarisa, estaba verde, transpirando, con la boca abierta para respirar más aire. Ruperto yacía exánime sobre el piso.

Gacitúa: De pronto reinó el silencio. Nos quedamos todos callados. Me estaba preguntando cuál

sería la razón y ya iba a decir lo de la monja y el cielo cuando me sacudieron unos tiritones. Me vino un dolor fenomenal al estómago, escalofríos, se me nubló la vista, comencé a ponerme tieso.

Juan: Gloria se levantó trastabillando, los ojos desencajados, estiró su brazo, su mano, su índice hacia Morin. Fue lo último que hizo en su poco gloriosa vida. Lo que siguió fue rasputinesco. Yo me hice en los pantalones al mismo tiempo que vomitaba sobre la alfombra persa. Tres saltaron como tigres, las manos transformadas en garras, a la garganta de Morin, que los esquivó cual faenador; cayeron rugiendo sobre la mesita repleta de golosinas multicolores. No se volvieron a levantar más. Otros, presas de convulsiones, saltaban en el suelo como pescados recién sacados del agua. El ingenuo de Oscar miró con ojos llorosos a Morin y le dijo tratando heroicamente de sonreír: “¿No tienes un poco de bicarbonato?”. Y luego cayó muerto.

Morin: Eh bien, Alguien tenía que hacer la reducción. Alors...

Juan: Exhausto de tanto vomitar sobre la alfombra y de cagarme en los pantalones, me arrastré hacia la puerta. Morin bailaba ballet clásico saltando graciosamente por sobre los cadáveres. Parecía el fauno de “Las sílfides”, de Chopin. Extasiado. A falta de flauta cantaba: “. . . *sur le pont d’Avingnon on y danse, on y danse. . .*”.

Frente a mi casa le dije al chofer que se detuviera. No bien le pagué el viaje, me miró sonriendo con incredulidad y me dijo: “Buen dar con el peo bien rehediondo, patrón”.

Jefe: Creo que tenías razón. En la edición de mañana colocaremos a cuatro columnas, llenando la plana, en rojo, entre signos de exclamación: “¡BASTA!”.

Juan: ¿Y en las otras páginas?

Jefe: Lo mismo. En todas las páginas. En una en verde, en otra en amarillo y así. Sin comentario alguno. Lo mismo en todas las páginas. Y ni una palabra más. Bueno, la fecha arriba y el nombre del diario, pero nada más.

Juan: Le insinué que en la última página podríamos colocar las respuestas a mi concurso, con letra bien chiquita y cursiva. Se puso como camaleón otra vez. Bramó que sólo la palabra “basta”. Así lo hicimos.

Al día siguiente fuimos clausurados.

Y VOLVIO A CAER LA NIEVE

LA PRIMERA VEZ QUE LA VI FUE EN UN AVIÓN. Ya habíamos aterrizado y el avión carreteaba por la pista. En ese momento me percaté de su presencia. De unos veinte años, tranquila, compuesta, que se sonrió casi imperceptiblemente cuando el avión se detuvo frente al edificio del aeropuerto de Guayaquil. Ojos plácidos que me hicieron sentir más desvalido aún. A lo mejor, ella volvía y esa era la diferencia. No teníamos el mismo destino. Cogió su bolso, su chaleco, lo que significaba, sumado a esa sonrisa, que había arribado. El interior del aeropuerto era espantosamente grande y confuso. Todos estaban perdidos. Nadie podía mantener la mente clara. Me senté apabullado, alerta a la indicación que mi vuelo continuaría. No es que me hubiese gustado trocar me por ella, pero sí que a mí me sucediese algo parecido al llegar a casa después de un ominoso peregrinaje. Volver a un hogar, a una mesa servida para nosotros. Ella, segura de su cara, de su ropa, de su peinado, serena, absorta en tomar sus efectos personales y mirar a los suyos que agitaban pañuelos de bienvenida, no me miró. Ya el avión, los pasajeros, las aeromozas habían desapa-

recido de su conciencia. Contenta, sin euforia, con esa sensación de ser parte de un grupo que cojeaba si ella no lo integraba. Esa noche cenarían algo especial, después del café comerían chocolate para endulzar la conversación. Se acostaría en su cama, a la luz de su lámpara, en su pieza, entre sábanas frescas y un dejo a chocolate en la boca. De ese muchachón flaco que iba en el avión, ese espini-lento ansioso, enfermo de bilis, de mirada de perro, no recordaría nada, jamás lo vio.

La segunda vez fue en Caracas. Caminaba una noche con dos rufianescos amigos tan desgredados y mal agestados como yo. Discutíamos, pues el dinero nos alcanzaba para dos cafés o una cajetilla de cigarrillos, cuando un auto maravilloso se detuvo a nuestro lado. Un aroma de tabaco rubio, agua de colonia y ropa nueva llegó a mis narices al inclinarme hacia la ventanilla. Estaban relajados, risueños. Sin duda iban a una fiesta, a juzgar por los trajes. Eran cinco. Adelante, al lado del rubio de piel tostada al volante, ella, la muchacha que dos años antes había visto en el avión. Esta vez me miró. Frunció el ceño al verme. Qué donde la calle Carabobo. Muy fácil. Ah, ya. Placidez, tenue sonrisa agradecida. No volvió a mirarme. Contemplamos sin movernos como se alejaban. Nosotros, mis amigotes y yo, ni soñar un auto así, ni una bicicleta, y esos ternos, y la fiesta esa. Los estarían esperando, sin ellos la fiesta no sería perfecta. Bailarían en terrazas, felices de mirarse las caras al compás de la música, entre flores y enredaderas. No es que yo quisiera su destino, pero qué agradable sería ir, no

una vez, no alguna vez, sino cuando quisiera, como los del auto, a una fiesta de amigos descansados, bien vestidos para bailar, conversar quedamente, comer iluminado por candelabros, charlando, haciendo programas, playa, cabalgar. Ya estarían entrando a la casa. Nosotros tres desaparecidos totalmente, relegados a esos fantasmas informes del inconsciente.

La tercera vez que la vi, las cosas fueron diferentes. Después de todo habían pasado veinte años. Fue como si me hubiese entrado algo a los ojos, pestañear para que saliera, abrir los ojos nuevamente, notar que pasaron veinte años y encontrarme sentado en un Volkswagen, de vuelta de Neuschwandstein, un castillo wagneriano, bajo una nevazón que me hacía feliz a la par que nervioso por las dificultades que podría acarrear a un automovilista solitario. El paisaje era fantástico. Ruinas, viejos castillos, todo lleno de pasado. Atardecía lentamente. Los copos cada vez más grandes, más tupidos. Los demás vehículos habían desaparecido. Había que apurarse. ¡Chupalla! Bajo un enorme árbol una figura desastrada haciendo auto-stop. ¿Será un fantasma? Con mochila y todo. ¡Las patitas! El camino estaba solitario. En menos de una hora caería la más oscura de las noches junto con un frío siberiano.

—*Möchten Sie mit?* —le grité.

Vaya una pregunta a un tío que está a punto de morir helado en aquellas soledades. ¿Gusta subir? Si hubiese sido chileno me habría respondido que no, que estaba ahí porque le gustaba la nieve.

Tiró su mochila sobre el asiento de atrás sin el menor miramiento, mojado y tirando nieve por todo el auto como un perro que se sacude. Cerró con un portazo descomunal; claro, como el auto no era de él qué. Nariz y mejilla rojas, labios violetas. Tiritones. Abrí la calefacción al máximo y volví, así acompañado, a reiniciar el viaje rumbo a Murnau. Con la diestra abrí la guantera.

—*Da haben Sie Cognac und Aspirin. Gut gegen Grippe.*

El tipo estaba tan empalado de frío que no lograba mover los labios. Estudiantes chiflados, revolucionarios no por querer reformar el mundo sino porque no están donde estamos nosotros. En fin, era bueno tener un auto calefaccionado, manejar y soñar con todo lo que había pasado, tantas cosas, amigos, mujeres que seguramente lo evocan a uno con el mismo placer. Aciertos, accidentes, metidas de pata, todo un carnaval que aún resonaba.

Un auto enorme nos adelantó tocando la bocina. El chófer me miró enojado y se llevó el índice a la sien. ¿A mí me faltaba un tornillo? Las ruedas de su auto iban envueltas en cadenas. Llevaba las luces encendidas. Se perdió en la nieve. La nevazón se ponía cada vez más inquietante. A ratos casi no se podía ver y tenía que disminuir la velocidad a un mínimo. Aparecieron unas casas. Por poco no veo la enorme Gasthaus. Detenerse y pasar la noche allí era lo más sensato; mejor dicho, no había otra alternativa. ¿Y el chiflado de la mochila? Ya encontraría un albergue juvenil, una iglesia, otro compinche; por lo menos se encontraba ahora en un

pueblito y no en descampado esperando su destino. Dos autos en el aparcadero de la hostería. El mío lo detuve frente a la puerta.

—*Ende der Reisse* —le dije ensayando una sonrisa.

No les tenía simpatía a estos tipos de estudiantes, prefería evocar mis tiempos. Abrió la puerta y torpemente sacó su mochilón amarillo. Un poco más y me quiebra un vidrio. No bien bajó, cerré la puerta derecha con seguro. Me gusta disfrutar las cosas con calma. Subí el cuello de mi gamulán. La nieve bailoteaba sobre el capot. Llené mi pipa. Era agradable sentirse seguro otra vez. Esas hosterías eran excelentes. Me bajé. La nieve me acarició la cara y el pelo. Ese aire puro y frío me hizo bien. Los copos jugueteaban con mi nariz, se enredaban en mis pestañas. Caminé a zancadas, hundiendo mis zapatos en el polvo blanco. Los pasos en la nieve son silentes, pero algo hizo que mirara hacia atrás. Me venía siguiendo. Ojos desamparados. Arrastrando negligentemente la mochila por la nieve. Sin saber por qué abrí la puerta y la mantuve abierta para que él entrara primero. El hippie-estudiante-vagabundo-lost generation entró desmañadamente sin decir *danke schön*. Luego entré, sin mirarlo ya más. Comedor forrado en madera, calentito, aroma a salsa de carne y a Apfelstrudel. Colgué mi gamulán en la enorme percha y me dirigí al mesón del fondo. Quería una pieza, expliqué, por una noche. La gorda Frau, para la que el mundo no tenía secretos, me preguntó si con dos camas o con cama matrimonial. Me dejó meditar mientras

atendía otros asuntos. Había varias mesas ocupadas. Ella sacaba cuentas. Encendí mi pipa mirando el comedor. En el medio, mochila y anorak en el suelo, sin capuchón, sacudiendo su pelo negro, la muchacha. Y yo, el super-macho, no me había dado cuenta de esas caderas, de esa cintura. No joda. Con cama matrimonial, por supuesto. ¡Guarda! Esta es otra generación. ¡Qué generación ni qué perro muerto! ¿Con cuál generación te estás comparando? ¿Con la de George Sand? Atraía las miradas de los parroquianos. Pelo negro y ojos negros son éxito seguro en esas latitudes. Me aproximé, después de haberla echado poco menos que a patadas de mi auto, ahora con modales de embajador. Con una mano cogí la mochila y con la otra su codo. La conduje, pobrecita, estaba desorientada, a la mesa del rincón. Sus facciones se habían desentumecidos. Tomé la Speisekarte. La había sentado a mi lado de modo que pudimos leer juntos. Le indiqué el goulasch.

—*Das schmeckt* —le dije.

—*Schön* —me dijo.

No me atrevía a mirarla a la cara. ¡Cómo iba a saber! ¡Ese tremendo anorak con capuchón de franciscano!

—*Wein oder Bier?* —le pregunté.

—*Ein Glas Wein, bitte.*

En Alemania el vino se pide por vasos. Cuando llegó la gorda le solicité una botella de Riesling. Después del primer trago, digamos, de empinar más de medio vaso de golpe, me sentí totalmente en forma. La miré a la cara, a los ojos, sonriéndole

un poco. Me miró interrogante. Era la misma niña, la misma de Guayaquil, en el avión, la de Caracas, en el auto. No me cupo la menor duda. Ni la más mínima. Y le dije en castellano:

—Tú no te acuerdas de mí.

Fue como decirle que se había sacado la lotería. Su rostro se iluminó. Me miró como un niño a las frutillas con crema. Y me dijo semisofocada por la sonrisa:

—Pero vos... pero vos...

—Sí, dale —le dije, imitando ese modo argentino.

—Pero vos no sos argentino. No —y se puso a reír.

Yo también reí. Volví a llenar los vasos.

—¿Se puede saber qué haces, qué hace una muchachita como tú, ahí, debajo de un árbol media hora antes de oscurecer, en medio de la nieve? —pregunté.

Se reía. Dientes sanos, carnívoros. Pelo recién lavado que molesta en los ojos, en las mejillas, en el cuello.

—Y vos ofreciéndome cognac y aspirina. Sos un abuelo. Tres horas en ese lugar. En Harz estuve toda una mañana hasta que me llevó una vieja con un perro neurótico. Siempre pasa alguien. No te preocupés. Sos un abuelo lindo.

Me miraba embelesada.

—¿Qué hacés vos aquí, en Alemania, en un Volkswagen? Y el tipo, ese, que te trató de loco cuando te adelantó. ¡Pusiste una cara! Y no me decías una palabra. *Da ist Cognac und Aspirin*. Sos un plato.

Yo era un plato. Yo iba en auto, con dinero, con calefacción, aspirinas y todo, visitaba viejos castillos, me detenía a comer en una regia Gasthaus ¡y era un plato!

Ella estaba recorriendo Alemania por auto-stop. Cartas para todos los conventos de Ursulinas, para todos los colegios de Ursulinas de Alemania. Ex alumna de las Ursulinas de Buenos Aires. Carnet para los Herbergen juveniles. Ahora no quiero saber nada de amarras, de profes, de padres, nada con cadáveres o zombies como en el libro de Basualto. ¿Qué libro sería ese? Se mueven, pero están muertos. Prefiero estar viva y esperar diez horas a que me recoja un camión. Una vez llegó a las tres de la mañana a un convento. Las monjas leyeron la carta, la hicieron pasar, se levantaron casi todas, le dieron pasteles con chocolate caliente. Como fiesta de cumpleaños. Ahora iba a Bad-no se cuánto.

Me pesaron un rato las cosas pretéritas, mi pasado lleno de sombras, de perros enterrados.

—¿Y si no hay convento?

—Y bueno, hay Herbergen, hay Mensas, hay algo, siempre. Sí. No me mirés así. Me gustas cuando ponés cara de abuelo, pero no cuando te vas.

—¿Me voy?

—Sí, se te ve en los ojos.

—¿Qué piensas hacer después de tu gira autostopiana?

—Cualquier cosa menos atarme. No quiero saber nada del futuro. Me revienta hablar del futuro.

Partió un pan, y me dio el primer trozo, como en una ceremonia hippie. Pan de hoy, fresco, cru-

jiente. El pan de ayer estaba duro y el de anteayer podrido. El de mañana no existía ni había certeza de él. Comimos el pan, ella me miraba sin dejar de sonreír. Sabroso. Veinte años que no comía pan así, sin mantequilla ni nada. Pan solo. Sus ojos brillaban. Tomé su mano y la apreté suavemente.

Nos trajeron platos, dos ollas individuales con goulasch, fuentes con arroz y ensaladas. Se le entró el habla. Nos concentramos en la comida. Una pieza con cama matrimonial. Comía sin dejar de divertirse mirándome. Serví más vino. Tomó más pan.

—Vos no me vas a creer, pero tengo barriguita, como pan en cantidades —y le hincó sus dientes como para corroborarme que a pesar de su aspecto delgado tenía barriguita.

—¿Estudias?

—Sí, abuelo. Soy muy estudiosa. Y no me pongás esos ojos. Tengo dos años de filosofía. ¡Tenés unos ojos, abuelo! Soy husserliana-heideggeriana. Y vos abuelo, sos tomista, aunque no lo sepás.

—Gracias. No lo sabía.

Puso una mano en mi mejilla.

—¿No te enojás, eh?

—¿Realmente no te acuerdas de mí?

—¡Que si me acuerdo! Sos inolvidable —me sacó la mano de la mejilla.

—Me recogiste y pusiste una cara cuando mojó tu autito pulcro. Me mirabas de reajo como a una pordiosera maloliente.

—Creí que era un hombre.

—¿Y vos creés que no me di cuenta? ¿Por qué creés que no abrí la boca?

—Si no te recojo, ¿qué sería de ti a esta hora? Estarías muerta.

—En mi ley. Y vos, ¿sos capaz de morir en tu ley?

—*Ein Nachtlich?* —la gorda Frau nos miraba con placer.

—Pregunta —le expliqué— si quieres postre.

—Y vos creés que vengo de las chacras. Si he leído a Heidegger en alemán, sé lo que significa *Nachtisch*, abuelo.

—Bueno, pídele queso con dulce, entonces.

—*Himbeerenkuchen mit Sahne. Und einnen Hag* —dijo rápidamente.

—*Dasselbe* —dije.

—¡Cómo! ¿Lo mismo? —exclamó—. ¿No vas a pedir chirimoya alegre? Y se dice *dasgleiche* y no *dasselbe* a menos que quieras comer de mi mismo plato como un gatito.

—Dime, ¿qué es “Hag”?

—Y... Vos lo pediste. ¿Sos o no un plato?

—Me doy por vencido. Soy un plato, sea eso lo que sea.

Se rió y dijo que yo era un “piola”. Nos trajeron sendas porciones gigantes de kuchen de frambuesa con un cerro de crema y dos humeantes tazones de café.

—¿Me creés ahora que tengo barriguita?

Es que realmente se habría muerto de frío, helada, en medio de la oscuridad total, entre remolinos de nieve invisible.

El kuchen sabía a cielo. La crema se volvía aire en la boca. El café estaba caliente. Afuera nevaba.

La calefacción era excelente. Allí se estaba al abrigo de la noche, del frío, de la nieve, de los monstruos que arañan las ventanas y todas esas cosas. Hasta de los zombies del libro de Basualto. Se le cerraban los ojos y, poco a poco, perdía la locuacidad inicial. ¡Qué criatura! Ahí sola, esperando desamparada. Aproximó su cabeza para susurrar como quien confiesa un secreto:

—Tengo sueño.

Me coloca una mano sobre el brazo. Uñas un poco comidas. La nieta hablándole al abuelo. Me levanto, cojo su mochila y su anorak amarillo, sucio de dormir en granjas y alberges. Ella, sentada, me mira sonriendo, con su rostro apoyado en las palmas de las manos. Inmóvil. La gorda espera para guiarnos. La muchacha no se mueve. Mira feliz de la vida mi rostro expectante, hasta que digo:

—Vamos.

Subimos la escalera. Podríamos colocar una almohada a lo largo de la cama. Antigualmente se ponía una espada. Cuadros con escenas de cacería. Pieza enorme. Lámparas de madera. Lecho abierto. Plumón en lugar de frazadas. Frau gorda nos deja solos. *Gute Nacht*. Nos cierra la puerta. La lámpara del velador proyecta una suave luz. Demasiada calefacción. Me sacó el pullover.

—¿Cómo dormiremos? ¡Qué calentito está aquí! ¿Dónde pusiste mi mochila?

Me siento sobre la alfombra a sacarme los zapatos. Ella se sienta frente a mí en posición yoga y vacía su mochila. Cepillos, libros, otro bluyín, un sweater negro, ropa interior, cartas, chocolate a

medio comer, anteojos. Mocosa desordenada. Se pone de pie:

—Cerrá los ojos. Me voy a sacar los pantalones. Están mojados.

Se aproxima al radiador de la calefacción. Ella sorprende mi mirada mientras se saca los estrechos pantalones. Se ríe. Los coloca sobre el radiador. Desteñidos, sucios, húmedos.

—¡Qué bien se está aquí! ¿Dónde está el baño?

—Esa puerta.

La abre. Entra sin cerrar. Aparece nuevamente.

—Che, tienen unas tollas para secar caballos.

—Mm.

Se encierra en el baño. La echo de menos, pero sus cosas sobre la alfombra me acompañan. Mordisqueo su chocolate. Palpo su ropa interior, pulcra y suave, que contrasta con su anorak y sus pantalones de tela de buque. Una billetera. Jabón. ¡Qué lugar para hacer auto-stop! Yo nunca pude hacerlo, demasiado insociable y agresivo. El auto debería ya estar cubierto de nieve. Ojeo su cuaderno, notas para tocar guitarra. Recorriendo Alemania con tres calzones y un cepillo para el pelo. ¡Qué criatura! Salió del baño con la toalla sobre los hombros, la frente perlada de gotitas.

—Entrá vos. Hay más toallas.

Ducha caliente mientras afuera cae la nieve. Recordé un reportaje sobre Stalingrado: “La piadosa nieve cubrió los cadáveres mutilados, más de medio millón de cadáveres”. Me sequé. No tenía pijama. Había pensado pernoctar en mi hotel en Murnau. Me coloqué la enorme toalla sobre los

hombros. Estaba colocando las prendas que había lavado al lado de sus pantalones. Me acerqué hasta tocarla. Se enderezó lentamente, seria, su toalla cayó a sus pies, sacudió su pelo, y nos abrazamos bruscamente, los dos al mismo tiempo, suspirando de placer.

Acurrucados en la cama le conté que la había visto en Guayaquil, al bajarse del avión. ¿Cuándo? Pero si yo todavía no había nacido. Se ríe restregándose en mi cuerpo. Y después en Caracas. Pero no. Sí, Me miraste y arrugaste la frente. Casi me reconociste. Tan bonita como ahora. ¿Y por qué no me hablaste cuando bajaba del avión? Era un joven asustado. ¿Y si te hubiese hablado? Habría tirado todo por la borda, fiestas, familia, amigos, ese auto, parientes, todo por quedarme con vos, insociable y asustado. Te lo juro. Lo mismo en Caracas. Debiste haberme dicho “vamos”, como hoy en el comedor. Su cuerpo liviano y duro. Muslos tensos. Sí, mi amor, sí, sí. Abierta y húmeda. Devuelve el ataque duplicado, sin tregua.

Despertamos a las nueve. Se vistió canturreando delante de mí, sonriendo ante mis miradas. Lista para otro auto-stop. Desayunamos en el comedor, la misma mesa, la gorda, ruido de autos afuera. Mañana de sol. Hay que ponerse anteojos negros. Fue un desayuno breve. El auto recién manguereado. No hablamos mucho. La nieve brillaba al sol. Autos de todos colores. Partimos en silencio. Media hora más adelante nos detuvimos en otra Gasthaus al lado de una estación de servicio, un lugar donde se cruzaban tres carreteras con un verdadero árbol

de letreros y flechas. Bebimos otro café. Callados. Llené mi pipa con dedos torpes, pero mi voz era tranquila:

—¿Sabes?, creo que aquí nos separamos. Aquí... no tendrás problemas. Un auto tras otro, como ves. ¿Qué te parece?

Bajó la cabeza como si le hubiesen pegado.

—Si vos crees...— Voz ronca. No levantó los ojos del café. El pelo y la inclinación de su cabeza impedían verle la cara. Así permaneció mientras yo volvía rápidamente al auto a buscar su mochila. La acomodé sobre mi silla. Ella no levantaba el rostro. No me atreví a decirle nada. Y corrí al auto.

Otra vez en la autopista hitleriana. La pipa apagada entre los dientes. Guayaquil. Caracas. Si me hubieras dicho algo. Veinte años después, Alemania. En veinte años más yo tendría setenta años. Había sido la tercera vez. La tercera y la vencida. En medio de frenadas y dedos tocándose la sien di bruscamente la vuelta en U. Acelera, abuelo. Prende la pipa. Así, echando humo. A buscarla. La echaba de menos y era un echar de menos que crecía hasta oprimirme el pecho y la garganta. Cien, ciento diez. Aparqué en el mismo lugar. El abuelo ha vuelto. Caminé casi trotando, a punto de resbalar en la nieve apisonada. Sonriendo entré a la Gasthaus. Alrededor de la mesa que habíamos ocupado, una familia, marido, mujer y tres niños, me miraron con simpatía.

INDICE

| | | |
|---|------------------------------------|-----|
| X | ABRAXAS | 7 |
| ✓ | SEÑORITA LAURA | 15 |
| X | MONICA: VIDA MIA | 19 |
| | A DEGÜELLO | 37 |
| | FULL DE ASES | 71 |
| X | CON LA LENGUA AFUERA | 89 |
| | KNOCK OUT | 107 |
| | LA REDUCCION | 121 |
| ✓ | Y VOLVIO A CAER LA NIEVE | 133 |

| | |
|---|-----------------------------|
| BIBLIOTECA NACIONAL | |
| DEPTO. CENTRO NAC. DE PROCESOS TECNICOS | |
| DL <input checked="" type="checkbox"/> | 21 OCT. 1982 |
| Ca <input type="checkbox"/> | |
| D <input type="checkbox"/> | Co <input type="checkbox"/> |
| SECC. CHILENA | |

El hombre es, después de todo, el único ser que se pasa la vida narrando y narrándose. Todo lo que sabe, desea o espera saber, siempre lo sabe a través de un relato (mítico, religioso, histórico o literario). Por eso, justamente, Ortega llamó "razón narrativa" al modo de razonar que hoy emplean las ciencias humanas, y Michel Butor describe al relato como una forma de aprehender la realidad.

Los críticos de *Cuentos bárbaros y delicados*, primer libro de Jaime Hagel, subrayaron excesivamente la crueldad de algunos de esos relatos publicados en las postrimerías de los años 50. Raúl Silva Castro creyó ver en ellos una obra maestra del "humorismo lúgubre". Algo parecido dijeron, casi veinte años después, los comentaristas de su segundo libro, *En los más espesos bosques* (1980).

Este nuevo libro de Hagel retiene, sin duda, el *tono* desenfadado y desencantado de los dos anteriores, pero afina, depura, "economiza" la sintaxis narrativa. Cada texto de *Con la lengua afuera* es un juego de voces, un relato plural y, a la vez, unitario, en el que se acoplan o (con)funden, se oponen y se complementan los distintos discursos de cada uno de los personajes que, como sombras de otra historia, actúan, hablan y recuerdan en el texto.

Hagel es un narrador consumado. *Mónica, vida mía* o *A degüello* merecen, en efecto, figurar en la más estricta antología del humor negro de nuestros días. La historia narrada en cada uno de ellos es esencialmente irónica: parece estar hecha con los retazos de otras historias que el relator encubre, enmascara o, en el mejor de los casos, sólo insinúa.

El narrador contemporáneo pareciera siempre estar narrando una historia ficticia para encubrir otra historia leída, oída, vivida, deseada o ternida, y que, de este modo, queda implícita en la historia que nos cuenta. Simula contar una historia verdadera, reproduciendo en esa historia falaz las mismas estructuras psicológicas, biográficas y sociales que, con alguna regularidad, los historiadores descubren más tarde en la crónica cotidiana de esa realidad en que vivimos. Por eso, hace algunos años, Marthe Robert podía decir que la mentira de la novela es la verdad de la vida.

No hay, pues, crueldad en la mirada del relator de *Con la lengua afuera*, sino, más bien, en los sucesos anodinos que éste narra en un lenguaje que se aproxima, con indiscutible maestría, a la lengua que a diario hablamos en ese espacio que llamamos con solemne equívocidad el mundo real.

Este nuevo libro de Hagel retiene, sin duda, el *tono* desenfadado y desencantado de los dos anteriores, pero afina, depura "economiza" la *suavidad* narrativa. Cada texto de *Con la lengua afuera* es un juego de voces, un relato plural y, a la vez, unitario, en el que se acoplan o (con)funden, se oponen y se complementan los distintos discursos de cada uno de los personajes que, como sombras de otra historia, actúan, hablan y recuerdan en el texto.

